

# ORIGEN TRASATLANTICO DE LA CULTURA INDIGENA DE AMERICA

*por José Alcina Franch*

El estudio que presentamos a continuación es un intento de síntesis y resumen de nuestras ideas acerca de la determinación de un posible origen trasatlántico de la cultura indígena americana, lo que no implica, evidentemente, ningún carácter exclusivo para tal hipótesis y, por consiguiente, es compatible con cualquier otro tipo teórico de origen transpacífico o asiático a través del estrecho de Bering. Por el contrario, la hipótesis sobre la que vamos a tratar es necesariamente complementaria con aquellas otras teorías y sirve únicamente, desde nuestro punto de vista, para explicar de un modo más coherente, determinados rasgos de la cultura amerindia, que difícilmente pueden hallar su solución mediante otras teorías migratorias o por invención independiente.

El planteamiento de esta hipótesis de trabajo se remonta a 1951 en que, por primera vez, expusimos públicamente estas ideas. El estudio de las «pintaderas» primero (Alcina, 1952-a, 1954, 1955-b, 1956 y 1958-a), de la vasija con mango-vertedero después (Alcina, 1958-b y 1958-c) y de la figura femenina perniabierta en la cerámica americana, por último (Alcina, 1962), junto con otra serie de análisis hechos con vistas a la misma finalidad, aunque con resultados parcial-

mente negativos o dudosos, como el realizado sobre la vasija trípode (Alcina, 1953), o sobre el asa-estribo (Alcina, 1952-b), así como otras ideas relacionadas con el tema, aunque expuestas muy sucintamente (Alcina, 1955-a), nos llevó a ampliar nuestra base de estudio a otra serie de elementos culturales más o menos emparentados, de los que hallábamos huellas en África y América o en el Mediterráneo y el Nuevo Continente. Si a todo ello añadimos el hecho de que otros autores como Heyerdahl (1952), Pericot (1955, 1962-a, 1962-b y 1963), Biedermann (1957 y 1958), etc., se hayan ocupado circunstancial o específicamente del tema que nos ocupa, comprenderemos el porqué del estudio que presentamos ahora, en el que, como decíamos más arriba, intentamos ofrecer una síntesis de las ideas propias o de otros autores que aconsejan, al menos, ver en el camino atlántico una posible vía de penetración de influjos culturales sobre la América precolombina.

Aunque la base cronológica comparativa de nuestro estudio se halla actualmente en una fase de duda y de tanteo, al emplearse y aceptarse de un modo irregular las fechas de Carbono 14 y las fechas tradicionales, podemos enunciar nuestra tesis de un modo provisional, de la forma siguiente: A lo largo del segundo milenio antes de Cristo, una serie de grupos humanos, reducidos en número y en circunstancias de todo punto extraordinarias, atraviesan el Atlántico desde las costas del África Noroccidental y de Canarias en dirección a América, portadores de un amplio conjunto ergológico y animalógico de carácter neolítico, cuyas huellas culturales podemos observar en una serie bastante abundante de rasgos, pero cuyos rastros antropológicos no existen o son muy difusos y, consiguientemente, muy confusos —caucasoides y negroides en América— y cuyos restos lingüísticos, finalmente, no han sido observados o estudiados suficientemente hasta ahora.

Siguiendo en este caso, como hemos dicho en ocasiones anteriores, un criterio que deseamos sea lo más objetivo posible, llamaremos hipótesis de trabajo a la teoría que acabamos de enunciar, ya que sólo una investigación minuciosa y en lo posible exhaustiva podrá comprobar o descartar tal

teoría acerca de los contactos primitivos entre el Viejo y el Nuevo Continente a través del Atlántico.

## 1. CONSIDERACIONES GENERALES

### Metodología

En otro lugar (Alcina, 1958-a, 203-207) hemos abordado el problema de la determinación de las condiciones básicas que juzgamos necesarias para fijar un fenómeno de difusión en prehistoria. Tales condiciones, según enunciábamos allí, son las siguientes: «1.º, que el objeto que vayamos a estudiar o analizar no sea necesario vitalmente, es decir, no sea una respuesta inmediata al reto de la naturaleza, pues en ese caso puede darse, con gran facilidad, el paralelismo o la creación independiente; 2.º, que el objeto en cuestión no sólo sea formalmente igual en todos los lugares, sino que su utilidad sea la misma...; 3.º, que si los lugares en que aparece dicho objeto no están en inmediato contacto geográfico, al menos, puedan ser explicadas las lagunas con una hipótesis *posible* o con el hecho de una falta de investigación; 4.º, que al mismo tiempo que se traza una línea geográfica homogénea se pueda trazar otra línea cronológica en sentido creciente desde el lugar en que, posiblemente, se haya inventado el objeto, y 5.º, que haya identidad no sólo en cuanto a la forma del objeto, sino, si esto es posible, en la decoración del mismo» (Alcina, 1958-a, 206).

Desgraciadamente el estado actual de nuestra investigación no permite que nuestro análisis, elemento por elemento, responda con exactitud a toda esa serie de condiciones teóricas requeridas para una interpretación correcta. Tal análisis necesitaría una extensa e intensa investigación, con medios adecuados, de carácter múltiple, que no nos ha sido posible tener en nuestras manos hasta el momento presente. Por otra parte, nuestro interés en el momento actual es otro.

Según decíamos más arriba, la presentación por nuestra parte de datos concretos, en los últimos años, junto a la confrontación de nuestras ideas con las de otros autores, nos

conducen a la consideración de que la hipótesis de trabajo enunciada desde el año 1951 es, en líneas generales, correcta como tal hipótesis, y para comprobarlo nos interesa ahora únicamente señalar los caminos por los cuales debe, a nuestro juicio, realizarse la investigación. Esto no quiere decir que cada uno de los caminos que mencionemos en las páginas siguientes vayan a dar, como consecuencia de un estudio tan minucioso como en cada caso sea necesario, un resultado positivo. Es más que probable que muchos de los elementos culturales o de otro carácter que vamos a estudiar ahora no resulten probatorios de nuestra tesis; pero ello no puede ni debe mermar la importancia relativa que poseen como señaladores de una vía, ya que, a su vez, la investigación de esos elementos dará, sin duda, como resultado inmediato, la señalización de otros nuevos factores comparativos no advertidos o ponderados ahora.

Todo ello quiere decir que en el estudio que presentamos a continuación no hay básicamente desacuerdo con el planteamiento teórico referido en nuestro estudio de 1958, sino simplemente que nuestro análisis, hasta el momento presente, no es tan completo como sería nuestro deseo, al mismo tiempo que la extensión que nos es permitida en esta ocasión no podría dar como resultado, por otra parte, una presentación de conjunto tan completa como podría ser nuestra intención.

### **Travesía trasatlántica**

La primera cuestión a tratar antes de abordar el problema ecológico, cultural y antropológico de los posibles contactos entre los habitantes primitivos de ambas riberas del Atlántico es ver si existen posibilidades físicas o geográficas para que tales contactos se diesen en la realidad.

Si tenemos en cuenta, en primer lugar, la distancia a que se hallan ambos continentes, deberemos dejar bien sentado desde el primer momento que si bien en el Trópico de Cáncer como en el de Capricornio supera las 3.500 millas (Vallaux, 1953, 274), «entre el cabo de San Roque y la costa africana, en los 5° S., no hay más que 2.700 millas sobre el Paralelo.

Si la línea astronómica ecuatorial mide aún 3.600 millas de océano, la correspondiente de SO. a NE. entre el saliente de América del Sur y el del noroeste africano reduce a 1.600 millas la distancia a vuelo de pájaro entre Natal, en el Brasil, y Freetown, en Sierra Leona. Y sólo se cuentan 1.500 millas en las grandes derrotas marítimas, desde S. Vicente de Cabo Verde a Natal» (Vallaux, 1953, 274). Lo reducido de la distancia entre ambas orillas en los lugares indicados nos lleva a la consideración de un verdadero estrecho oceánico que separa, en la práctica, el Atlántico Norte del Atlántico Sur. Si comparamos estas distancias con las del Océano Pacífico en la zona por donde se supone que llegaron a América algunos grupos humanos, en las que el salto más breve —desde la isla de Pascua a las costas peruanas— es de unas 2.000 millas, comprenderemos que las posibilidades mínimas geo-, gráficamente hablando, se dan en el Atlántico en mejores condiciones que en el Pacífico (Pericot, 1955, 608-609).

El estudio de las corrientes en el Atlántico medio, zona que más nos interesa, como vamos a ver más adelante por diversas razones, viene a corroborar esta primera impresión que se desprende de la comparación de distancias intercontinentales. En efecto, desde la zona de las islas Azores y costas de la Península Ibérica hasta las Antillas se suceden una serie de corrientes que conducen directamente desde las costas euroafricanas a las americanas. La primera de estas corrientes es la llamada *Corriente de las Canarias*, la cual, si bien se inicia con una dirección de NO. a SE. a la altura de las Azores, pronto se orienta claramente de Norte a Sur, para, después de haber abandonado una parte, aspirada por el Mediterráneo, en el golfo de Gibraltar, tomar una dirección claramente SSO., entre Madera y Canarias, hasta alcanzar las islas de Cabo Verde (Vallaux, 1953, 302).

La segunda corriente que nos interesa considerar aquí es la llamada *Corriente Nordecuatorial*. «Esta corriente, en la primera parte de su recorrido, no se diferencia de la de Canarias ni por su índice térmico ni por la rapidez de propagación» (Vallaux, 1953, 303). Camina en dirección Oeste llegando a mezclarse con las aguas de la corriente ecuatorial del Sur en los parajes de las Antillas.

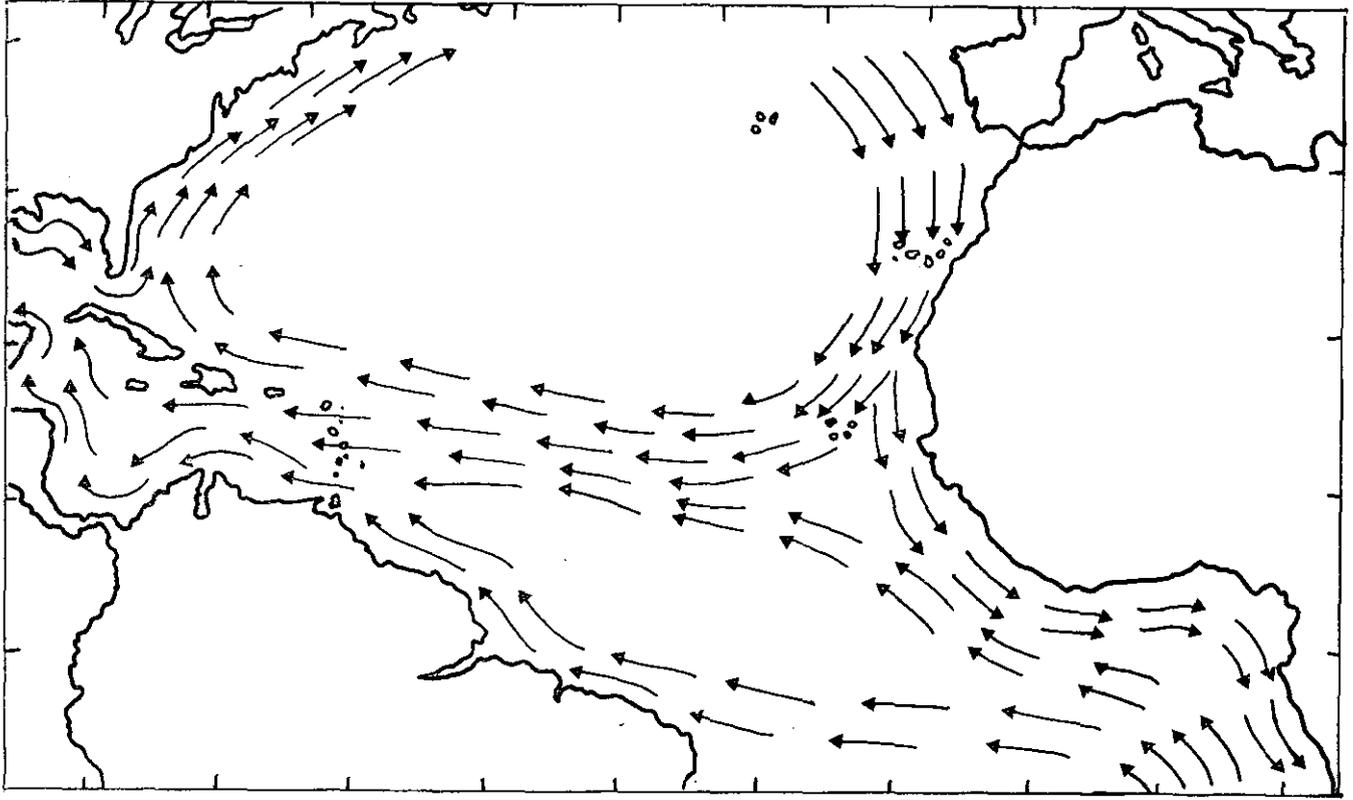


Fig. 1. Esquema de corrientes en el Atlántico medio.

Vemos, pues, cómo, aunque cambiando de denominación, es una sola y continua corriente marítima la que comunica las costas del Noroeste africano y Canarias con las Antillas.

Si tenemos en cuenta ahora la velocidad de propagación de esas corrientes podremos marcar dos índices diferentes para el conjunto del camino que nos interesa: La corriente de las Canarias es muy variable, pero puede tomarse como media aproximada la de 15 millas diarias. Entre 15 y 17 millas diarias camina la corriente Nordecuatorial hasta los 40° O. al Sur del paralelo 20° N., pero a partir de aquí se acelera hasta adquirir la velocidad normal en las corrientes ecuatoriales entre 27 y 30 millas diarias (Vallaux, 1953, 303).

Si tomamos como distancia extrema la que va de las Canarias a las Antillas siguiendo la curvatura que experimenta la corriente de Canarias y Nordecuatorial en conjunto, es decir, 3.000 millas, las 1.500 primeras millas podrán superarse en 100 días, mientras la segunda parte del viaje, de otras 1.500 millas, se podrá hacer en 50-60 días.

Aun suponiendo que los posibles navegantes a que nos vamos a referir después no tuviesen ningún conocimiento náutico, podrían llegar a América, dejándose arrastrar por las corrientes oceánicas, en seis meses, lo que permite suponer que, dado que fuesen pescadores, como es presumible, podrían subsistir hasta llegar a las costas americanas en las mejores condiciones meteorológicas.

### **Posibilidades de la travesía**

Independientemente de la capacidad náutica de los posibles viajeros trasatlánticos, problema éste al que vamos a referirnos en el párrafo siguiente, y sobre la base de las condiciones geográficas que acabamos de examinar someramente, debemos pensar que las posibilidades de que un tal viaje trasatlántico no intencional se llevase a efecto fueron bastante mayores de las que hasta ahora se ha supuesto. Tales posibilidades se ven confirmadas por el hecho mismo del descubrimiento americano por Colón en 1492, o el de Brasil por Alvarez Cabral en 1500, el cual, dirigiéndose a la India por la costa africana, fue empujado a las costas americanas sin que hubiese en ello intencionalidad alguna.

El pasaje de Gumilla (1741, 327-28) que hemos citado en otra ocasión (Alcina, 1955-a, 878) refiriéndose a un viaje desde Tenerife, en las Canarias, hasta Trinidad, también de carácter no intencional, parece conectar con las más recientes noticias de viajes irregulares desde las mismas islas al continente americano, en los años 40, con medios absolutamente insuficientes y experiencia náutica muy escasa; todo lo cual, junto al hecho de que la navegación en esa región no es demasiado difícil durante la mayor parte del año (Vallaux, 1953-359), hace que pensemos en la posibilidad de que tales viajes pudiesen realizarse en épocas antiguas.

### **Navegaciones antiguas**

Aunque no vamos a intentar en este momento hacer un análisis detallado de las noticias consignadas en las fuentes antiguas y medievales acerca de posibles y misteriosos viajes a Occidente desde el Mediterráneo y Africa, conviene que tengamos en cuenta estos hechos pese a su incertidumbre y falta de segura comprobación. Ello, unido a lo que acabamos de decir en el párrafo anterior, podrá corroborar nuestra suposición de que los viajes trasatlánticos fueron posibles aun contando con escasa preparación marinera.

Según nos dice Pericot, «cuando se estudian las navegaciones de la Antigüedad, el progreso náutico de fenicios y griegos, los datos dispersos que algunos autores clásicos nos conservan sobre descubrimientos de los cartagineses en el Océano y otras vagas noticias de interpretación difícil, resulta imposible desechar la idea de que es perfectamente verosímil pensar que alguna vez, durante aquellos siglos, una nave mediterránea debió ser arrastrada desde las Canarias, Madera o Cabo Verde hasta las costas americanas» (Pericot, 1962-a, 17).

Sin embargo, lo más importante en relación con posibles contactos entre el mundo clásico mediterráneo y la América prehispánica es el hallazgo de una cabecita de estilo helenístico-romana fechada en 200 años después de Cristo bajo dos suelos intactos en un yacimiento de cultura Azteca-Matlatzinca, en Tecaxic-Caixtlahuaca (Valle de Toluca, México), hallazgo que se remonta a 1933, pero que no ha sido dado a co-

nocer sino hasta fecha muy reciente (García Payón, 1961, y Heine-Geldern, 1961) y con la que se relacionan otros hallazgos anteriores, para los que no tenemos tanta exactitud estratigráfica (Heine-Geldern, 1961). Heine-Geldern supone que la primera de esta serie de figuritas romanas debe proceder de alguna de las factorías de la costa malaya, que pasaría a China y desde allí llegaría a Mesoamérica, junto con otra serie de rasgos culturales típicamente orientales. Ahora bien, si tenemos en cuenta que el hallazgo mejicano se hizo en la costa del Golfo de México y no en la costa del Pacífico y que el camino desde la metrópoli romana a América es mucho más corto por la vía atlántica, según llama la atención Pericot (1962-a, 17, y 1963, 9), tendremos en éste un elemento de juicio de primerísima importancia para afirmar que navegantes romanos o mediterráneos, posteriores al siglo III de nuestra Era, haciendo gala de su capacidad náutica, perfectamente probada, llegaron efectivamente a América dejando una huella evidente en México.

Pero aún hay algo que viene a dar una fuerza extraordinaria a esta hipótesis. Por las fuentes clásicas se sabía que los romanos conocían las Canarias, no obstante lo cual no existía ningún testimonio material de tal conocimiento. Este testimonio —tal vez el primero de una serie— se ha descubierto recientemente —1964— en los fondos de la playa de la Cocina, en aguas de la isla Graciosa. Allí ha sido encontrada un ánfora del tipo «fenicio» que utilizaban las naves romanas hacia el siglo II o III después de Cristo, «para suministro de los mismos marineros de las naves que las traían» (Serra, 1965, 232). El tipo de ánfora, totalmente diferente del utilizado en las naves de tipo comercial, parece indicar una arribada fortuita o accidental, pero en cualquier caso no aminora la importancia excepcional del hecho. Si conectamos así el reciente hallazgo de Canarias con el de México, al que nos hemos referido antes, podremos apreciar hasta qué punto resulta mucho más lógica la posible llegada de la cabecita romana en cuestión por la vía del Atlántico frente a la hipótesis que señala el Pacífico como su probable camino de ingreso.

Son conocidas las noticias acerca de expediciones árabes

hacia Occidente durante la Edad Media, de las que no se sabe que regresasen nunca (Pericot, 1962-a, 17-18), tal, por ejemplo, la del sultán mandingo Muhammad de Gao, a principios del siglo XIV (Pericot, 1963, 8). Basándose en este tipo de datos y otros, Jeffreys y Johnson (Jeffreys, 1953-a, 1953-b, 1955-56, y Johnson, 1948, cit. por Pericot, 1962-b, 516) suponen que hacia el año 900 árabes y negros habían llegado al continente americano. Con referencia a la existencia de tipos negros y negroides en América, tema sobre el que volveremos más adelante, se ha ocupado recientemente Wuthenau (1965) y otros.

### **El problema náutico**

Por lo que llevamos dicho, parece evidente que en el Atlántico medio se dan las condiciones necesarias para que la travesía se verificase y, por otra parte, parece que esa travesía se realizó efectivamente en tiempos antiguos, teniendo como protagonistas a pueblos civilizados de la Antigüedad y la Edad Media. Queda por dilucidar si esta travesía, siendo posible, se verificó en épocas anteriores entre pueblos de cultura primitiva y con medios evidentemente mucho más rudimentarios.

El problema es muy complejo, dado, sobre todo, que tanto los pueblos americanos, al menos en la orilla atlántica, como los pueblos africanos costeros de este mismo océano «nunca mostraron la menor aptitud para la navegación de altura» (Vallaux, 1953, 359). Pero, ¿quiere esto decir que no poseyeron ningún tipo de embarcación? En modo alguno. Y dado que se ha demostrado hasta la saciedad, en época reciente, que es posible subsistir en el océano con embarcaciones sumamente toscas y en condiciones de auténticos naufragos, es posible pensar que, en situaciones parecidas, el hombre primitivo pudo realizar viajes tan arriesgados como el que estamos perfilando.

Un punto clave para el estudio de las navegaciones, al igual que para el estudio comparativo que esbozamos, es el de las Canarias. Para estas islas tenemos un máximo caudal de información que se remonta, por otra parte, a época anterior al descubrimiento americano. Es por esta razón por la

que nos interesa detenernos en la consideración especial de la navegación canaria, ya que de haberse producido una travesía del Atlántico ésta debió iniciarse seguramente en dichas islas o al menos en un gran número de casos.

«Tradicionalmente se venía creyendo que los canarios ignoraron el arte de la navegación y todo cuando a él se refiere» (Torriani, 1959, 113, nota 4 de Cioranescu), lo cual plantea incluso el problema de la población de las islas, ya que parece inverosímil que un pueblo navegante perdiese, al paso del tiempo, toda noción del arte de navegar. Sin embargo, la proximidad de las islas a la costa africana —entre Cabo Juby, en Río de Oro y Fuerteventura apenas hay cien kilómetros— es tal y las condiciones de vientos y corrientes reinantes en la zona, especialmente el *harmatan*, o viento del desierto, son tan excelentes, que es imposible dudar de que pueblos aun de cultura neolítica y con escasos conocimientos náuticos llegasen a las costas canarias (Schwidetzky, 1963, 19) desde el noroeste de África. La explicación de que los primitivos habitantes de Canarias hubiesen llegado «como cómodos pasajeros a bordo de naves de pueblos marítimos que, desembarcado el pasaje, no se ocuparon más de las islas así pobladas» (Serra, 1957, 85), parece totalmente inverosímil. Por otra parte, «tampoco podemos olvidar que ya en la Edad de Bronce audaces navegantes y mercaderes surcaban el Cantábrico en toscas barcas de cueros cosidos para llevar al Mediterráneo el estaño y el oro atlánticos, ni el hecho de que estas navegaciones alcanzaran las Canarias y las costas de África» (Pericot, 1963, 5). Si tales navegaciones se realizaron por mares mucho más peligrosos y en condiciones náuticas ínfimas, no es difícil suponer que otros navegantes norteafricanos pudiesen realizar una tan breve travesía hasta las islas.

No obstante, las comunicaciones marítimas no fueron muy frecuentes entre las mismas islas, lo que quedó demostrado por el hecho de que «los bienes ergológicos recibidos por cada isla difieran tanto de las demás» (Serra, 1957, 91).

Las fuentes antiguas no hacen referencia a la existencia de ningún tipo de embarcación, salvo Torriani, quien menciona que «también hacían barcos del árbol drago que cavaban entero y después le ponían lastre de piedra, y navegaban

con remos y con vela de palma alrededor de las costas de la isla (Gran Canaria), y también tenían por costumbre pasar a Tenerife y a Fuerteventura y robar. Por esta navegación llegaron a parecerse con los demás isleños tanto en el lenguaje como en algunas costumbres...» (Torriani, 1940, fols. 38-39, y 1959, 102, y 113-14). Pese a que el hecho de que este dato, por otra parte tan preciso, no figure en otras fuentes lo hace dudoso, y aunque no lo tuviéramos en cuenta, el hecho evidente de que determinado número de rasgos culturales, tanto de carácter ergológico como de tipo social, sea semejante en varias islas del archipiélago, nos está hablando bien a las claras de que las comunicaciones marítimas, si bien no eran muy intensas y frecuentes, sí eran lo suficientemente importantes como para que esas semejanzas culturales se pudiesen dar en el siglo XV, ya que, de otro modo, las desemejanzas serían evidentemente mucho mayores.

Debemos concluir, pues, que los canarios prehispánicos debieron conocer un tipo de navegación, tan rudimentaria como se quiera, pero suficiente, en primer lugar, para haber permitido la población de todas las islas desde Africa y, en segundo término, la intercomunicación más o menos frecuente entre las islas. Que las embarcaciones que emplearan fuesen semejantes a las de los Zenagas de la Bahía del Galgo (Serra, 1957, 89-90) o de otro tipo, o incluso que todo el arte náutico se hubiese olvidado en el momento del contacto con los españoles, no es demasiado importante en esta ocasión. Es más importante poder llegar a concluir que en época prehistórica, al menos en el segundo milenio antes de Cristo, según veremos luego, la navegación y la pesca eran practicadas en aguas de las Canarias (Alvarez, 1950, 169, y Pericot, 1955, 602) y, consiguientemente, en la costa del inmediato continente africano.

Podemos suponer, por tanto, que si los habitantes de Canarias y Occidente de Africa no eran navegantes de altura del tipo de los polinesios, sí practicaron una navegación, con fines pesqueros, entre las islas y el continente, y son precisamente estos pescadores los que pudieron ser empujados por vientos y corrientes marítimas, que en esa región conducen inevitablemente al continente americano.

### Problemas cronológico-culturales

En el estudio comparativo que presentamos en estas páginas hay un factor cronológico-cultural de máxima importancia. Aunque en un próximo párrafo nos referiremos al complejo cultural y a sus componentes de un modo específico, conviene que adelantemos aquí que, en líneas generales, los elementos de cultura que vamos a comparar son de carácter netamente neolítico y tienen, en su mayor parte, su origen en la época en que tal fenómeno se perfila en el Viejo Mundo. Esto no quiere decir, evidentemente, que, por una parte, alguno de esos elementos no sea posterior, o que, por otra parte, tales invenciones no perduren en formas culturales más complejas y en épocas, por consiguiente, más tardías. Sin embargo, repetimos, el conjunto sociocultural que comparamos es netamente neolítico y es por eso por lo que, aunque no con la extensión que sería de desear, nos refiramos al problema del Neolítico.

La dispersión del Neolítico en el Viejo Mundo, si tenemos en cuenta que, al menos para este triple continente, la mayor parte de los autores parecen concordar en la aceptación de un solo foco originario, se verifica en múltiples direcciones: hacia el Extremo Oriente y el Sudeste asiático, que es la puerta para toda la difusión por el Pacífico, del mismo modo que hacia el Sur por el Africa oriental y hacia Occidente (Laviosa, 1958). Esta rama de difusión hacia Occidente, que es la que más nos interesa ahora, tiene a su vez dos caminos principales: el que, atravesando el Asia menor, va a seguir la vía danubiana hasta Centroeuropa, y el Mediterráneo, que nos llevará por el norte de Africa hasta Túnez, primero, donde se producirá una bifurcación septentrional que atravesará la península italiana y posiblemente también las islas —Malta, Sicilia, Córcega, Cerdeña y Baleares— y después hasta Marruecos, donde se producirá una segunda bifurcación septentrional que atravesará la península ibérica para unirse en Francia con la rama italiana.

Tal dispersión del complejo neolítico representa temporalmente un proceso que cubre, al menos, cinco mil años. Si tenemos en cuenta los esquemas de Balout para el norte de Africa (Balout, 1955, 483) y de Bailloud y Mieg para Europa

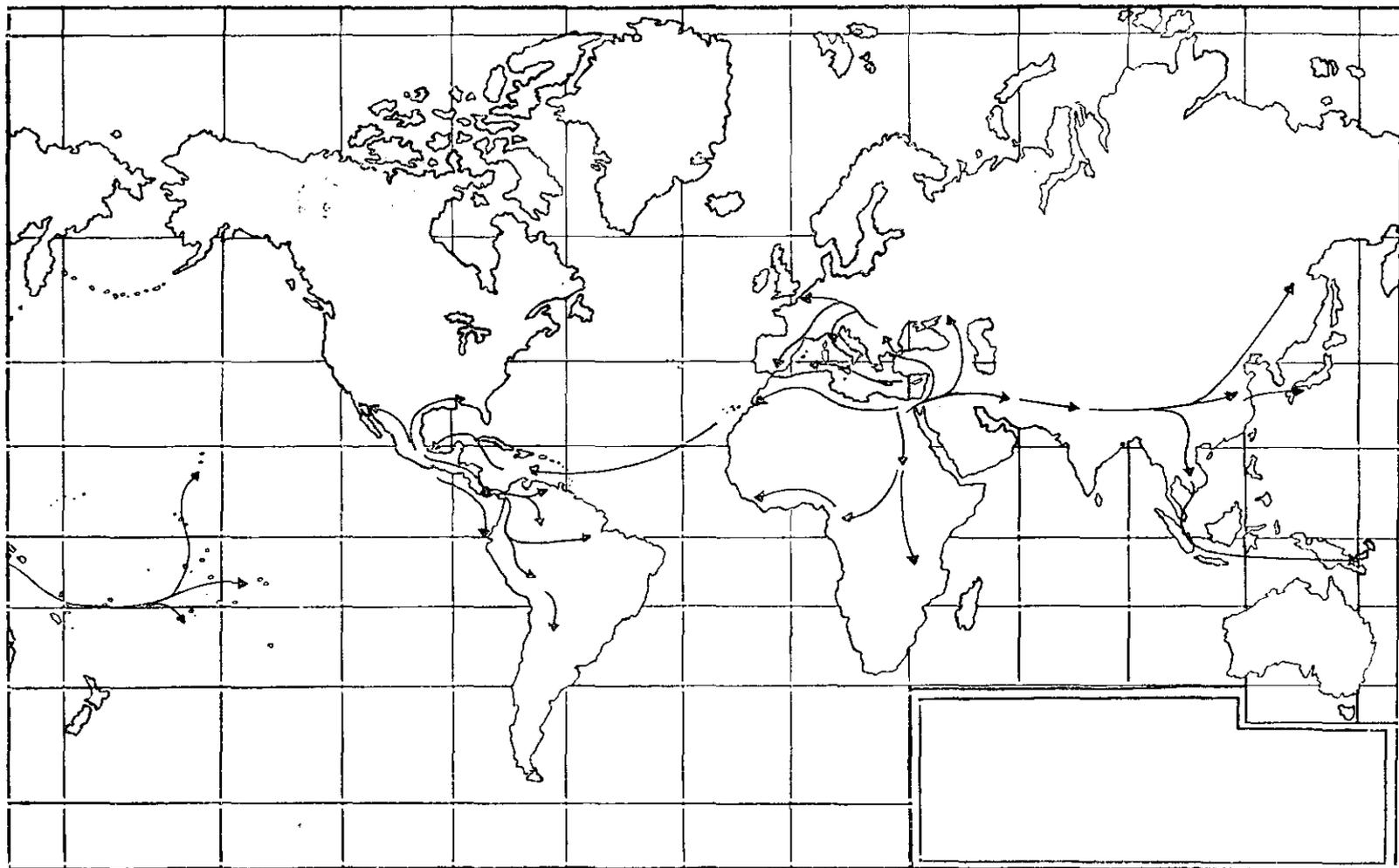


Fig. 2. Probables rutas de dispersión del Neolítico en el mundo.

(Bailloud y Mieg, 1955, 5, lám. I), podremos observar cómo, situándose el Neolítico egipcio hacia los años 6.000-5.000 a. de C., alcanza el Sahara hacia el 4.000-2.000 y el Maghreb entre el 3.000 y el 1.000 a. de C.; mientras por su rama europea alcanza la Europa central hacia el 3.000-2.000 y la Europa occidental hacia el 2.500-1.700.

Tal cronología es perfectamente concordante con lo que sabemos acerca de la población de las Canarias y, por consiguiente, de la llegada del Neolítico a las Islas Afortunadas. Los primeros grupos de pobladores deben haber llegado a las Canarias a fines del tercer milenio, es decir, hacia el año 2.000 (Schwidetzky, 1963, 23). «El aislamiento cultural y biológico de la antigua población de las islas Canarias tuvo lugar, lo más tarde, a fines del segundo milenio antes de Cristo» (Schwidetzky, 1963, 23). La identidad de la cultura prehispanica canaria con el Neolítico mediterráneo y del norte de Africa parece estar perfectamente establecida (Pericot, 1955; Schwidetzky, 1963, 21, y Pericot y Tarradell, 1962, 310), aunque los contactos posteriores con el área cultural bereber (Schwidetzky, 1963, 20) no cesasen.

El tiempo, pues, en que posiblemente se verificasen el o los contactos con América debió ser entre el 2.000 y el 1.000 antes de Cristo.

El problema cronológico americano es mucho más complejo y, por otra parte, sumamente incompleto y en gran manera dudoso. Si tenemos en cuenta los más recientes esquemas cronológicos publicados con relación a todo el continente (Meggers y Evans, 1963; Jennings y Norbeck, 1964, y Alcina, 1965) podremos observar que, salvo algunos yacimientos, muy escasos en número, la mayor parte de las más antiguas culturas de carácter neolítico aparecen en el segundo milenio a. de C. Así, Zacatenco-Tlatilco y Xochicalco I, en Mesoamérica, corresponden a 1.400-1.500 a. de C.; Monagrillo, en Panamá, es del 2000; el Heneal y Manicuare, en Venezuela, de 1500; Barlovento, en Colombia, del 2000; Machalilla y Chorrera, en el Ecuador, de 2000 y 1500 a. de C., y Guañape Antiguo, Ancón-Supe Primitivos y Chavín, de 1250. Entre las culturas cerámicas anteriores al año 2000, debemos



señalar Valdivia en Ecuador, de 2500, y Puerto Hormiga, en Colombia, del año 3000 a. de C.

Sería extraordinariamente prolijo que analizásemos ahora el problema de conjunto del Neolítico americano, así como el del nacimiento de la agricultura y de la cerámica. Al parecer, los autores no han llegado a un acuerdo acerca de la determinación del foco originario de tales invenciones para el continente americano y aún se hallan en plena discusión tales problemas.

Nos interesa destacar aquí únicamente el hecho cronológico fundamental de que, si bien la agricultura parece ser bastante más antigua, la cerámica no parece anterior al tercer milenio antes de Cristo.

Si ahora, sobre la base cronológica mencionada, volvemos al punto en que dejamos el proceso de difusión del Neolítico en el Mediterráneo y noroeste de Africa, veremos cómo las fechas a ambos lados del Atlántico vienen a coincidir con bastante aproximación. Ello nos induce a pensar que, si según hemos visto, las condiciones del Atlántico medio, en cuanto a las posibilidades de navegación, son excelentes para presumir una travesía de Oriente a Occidente, es probable que algunas ideas del complejo neolítico del Mediterráneo y noroeste de Africa hayan penetrado en América siguiendo precisamente esa ruta, lo cual no quiere decir que el Neolítico americano en bloque sea un derivado del complejo neolítico del Viejo Mundo.

### **Actitud crítica**

Antes de pasar a la exposición de los datos sobre los que basamos nuestra hipótesis, conviene, a la vista de lo que hemos dicho en los párrafos precedentes, que avivemos nuestra actitud crítica frente a los puntos de vista teóricamente opuestos a nuestra tesis, y aun frente a nuestra tesis misma, ya que, a lo largo de los años en los que venimos trabajando en esta línea, nuestro escepticismo ha ido creciendo o disminuyendo alternativamente siguiendo un vaivén que hallamos a veces en otros autores.

Esta actitud crítica frente a nuestras propias ideas las extendemos, sin embargo, frente a las de los demás. Hay

a este propósito una idea que juzgamos evidentemente apriorística y que, por esa razón, convendría desterrar desde ahora. Nos referimos a la consideración del Atlántico como un foso infranqueable, tanto para el paso del hombre como también para el paso de lo que el hombre lleva consigo: plantas cultivadas, complejo ergológico y cultural en general. Y si bien parece que no hay «ningún elemento que haya llegado, que sepamos, al Africa» desde América (Pericot, 1955, 603), lo contrario parece al menos posible, según se deduce del somero estudio que hemos hecho de corrientes marinas en el Atlántico medio. Si, como allí veíamos, comparamos situación de corrientes, vientos y distancias de este océano con el Pacífico Sur, para el que ya casi todo el mundo acepta la posibilidad de que haya servido de camino para una serie de elementos culturales incorporados a las culturas indígenas americanas, veremos que el Atlántico medio tiene un cien por cien más de ventajas que el Pacífico para que sea aceptado igualmente como camino de ingreso de algunas ideas en América.

De otra parte, conviene que nos pronunciemos en contra de la teoría, muy humana, pero escasamente científica, de quienes excluyen cualquier teoría que pretenda relacionar áreas culturales diferentes, en tanto que son distintas a una determinada. En la hora presente no parece posible mantener este exclusivismo: por el contrario, hay que suponer que la América anterior a los españoles recibiría aportes en momentos diferentes de áreas culturales diferentes y por vías muy distintas, sin que cada uno de esos aportes signifiquen que los restantes no se hayan podido producir.

## 2. PRUEBAS ARQUEOLOGICAS

Aunque el orden en la exposición de las pruebas que aportamos como base para sustentar la hipótesis que hemos enunciado y discutido en las páginas anteriores es indiferente, hemos preferido iniciar esta exposición presentando las pruebas arqueológicas, porque es en ellas en las que más confiamos, en el sentido de que, en cierta medida, nos pro-

porcionan una base cronológica por encima del factor geográfico, necesaria siempre para plantear una tesis de carácter difusionista. Presentamos además, en primer lugar, las pruebas que ya han sido publicadas parcial o totalmente por nosotros en años anteriores para ver a continuación algunos otros elementos culturales o de otro carácter, para los que no tenemos tantos datos o éstos no son tan completos.

### Las «pintaderas»

Como hemos dicho en las primeras líneas de este estudio, fue la investigación de las «pintaderas» la que nos puso en primer lugar sobre la pista que nos conduce ahora a plantear en términos generales el origen trasatlántico de determinados rasgos culturales americanos. En una obra anterior (Alcina, 1958-a) y en varios artículos hemos dado un tratamiento suficientemente extenso al tema como para que tengamos que repetir aquí toda la argumentación y los datos allí acumulados. Conviene, sin embargo, que actualicemos algunos de los argumentos que presentábamos entonces y añadamos nuevos datos publicados con posterioridad a esos trabajos.

Desde la publicación de la obra mencionada han aparecido dos estudios importantes sobre dos áreas en que aparecen «pintaderas» que nos interesa incorporar aquí. Se trata del trabajo de Ottavio Cornaggia (1956) sobre la distribución de las «pintaderas» en el Viejo Mundo tomando como base los hallazgos en la península italiana, y el estudio de Víctor Emilio Estrada (1959) sobre las «pintaderas» del Ecuador. Ambos trabajos, así como el de Ida Cerezo (1962) sobre algunas «pintaderas» del Departamento de Antioquia, en Colombia, permiten ampliar el número de localidades conteniendo ejemplares de «pintaderas» tanto para el Nuevo Mundo como para el Viejo, al mismo tiempo que el trabajo de los dos primeros nos proporcionan una base cronológica bastante completa.

En relación con la distribución de «pintaderas» en localidades europeas (Alcina, 1958-a, 209-11, y mapa 8) podemos ahora añadir a la serie publicada hasta 42 nuevos yacimientos. Los italianos resultan ser los más abundantes de todos los

que podemos enumerar en el Viejo Mundo: Isola Virginia (Lago di Varese), en Lombardía; Colombare di Negrar (Verona, Veneto); Quinzano (Verona, Veneto); Caverna Teresiana (Duino, Trieste); Grotta delle Gallerie (Draga, Val Rosandra, Trieste, Venezia Julia); Pescale (Modena, Emilia); La Razza di Campeggine (Reggio Emilia, Emilia); Caverna della Pollera (Finalborgo, Liguria); Caverna del Sanguinetto o della Matta (Finalborgo, Liguria); Caverna della Fontana o dell'Acqua (Finalborgo); Arma dell'Aquila (Finalborgo); Caverna dell'Acqua o del Morto (Finalborgo); Caverna delle Arene Candide (Finalmarina, Liguria); Castiglione del Lago (Perugia); Bettona (Perugia); Norma (Abbazia di Valvisciolo, Lazio); Cala degli Inglesi (Isola de San Domino, Tremiti); Cave Mastrodonato (Bisceglie, Bari); Grotta Santa Croce (Bisceglie); Polo di Molfetta (Bari); Caverna dell'Erba (Avetrana, Taranto); Manduria (Taranto); Lecce (península Salentina); Rugge (Lecce), y Acrópolis de Lipari (islas Eolias) (Cornaggia, 1956).

En el área danubiana se pueden señalar los siguientes yacimientos donde se han encontrado algunos ejemplares de «pintaderas»: Budenec (Bohemia) (Cornaggia, 1956, 133); Záhorská Ves (Checoslovaquia) (Novotny, 1958, lám. XXIII-7); Prieterhügel (Brenndorf, Moravia) (Cornaggia, 1956, 134, lám. VII-2); Pilin (Ipoly, Hungría) (Cornaggia, 1956, 134); Erösd (Transilvania) (Cornaggia, 1956, lám. V-5); Cunesti (Ialomita, Rumania) (Popescu, 1938, 117); Perieni (Birlad, Rumania) (Petrescu, 1957, 73); Brailita (Galatzi, Rumania) (Hartuchi y Dragomic, 1957, 138), y Denev (Salmanovo, Bulgaria) (Cornaggia, 1956, 134).

Es también posible ampliar el número de yacimientos conteniendo «pintaderas» en la península helénica, con los siguientes: Servia (Macedonia Occidental) (Heurtley, 1939, citado por Cornaggia, 1956, 132); Zerelia (Tesalia) (Giannopoulos, 1913, 29); Tsangli o Karabairam (Tesalia Central) (Giannopoulos, 1913, 29); Tsani Maghula (Tesalia) (Wace-Thompson, 1912, 149); Rini (Tesalia) (Wace-Thompson, 1912, 134); Sesklo (Tesalia) (Tsountas, 1908, 340-41); Haghia Marina (Focida) y Nemea (Peloponeso) (Childe, 1948, 81, cit. por Cornaggia, 1956, 129).

En el área del Asia Menor hay que mencionar algunas «pintaderas» halladas en Poliochni (Lemnos) (Bernabó, 1946, 289); en Troya (Anatolia) y en Bos Öjük, Lamunia (Frigia) (Cornaggia, 1956, 124-129).

En cuanto a las nuevas localidades que cabe señalar para el continente americano sobre la base de los estudios antes reseñados, hay que citar las «pintaderas» ecuatorianas, de las que en opinión de Estrada (1959, 7) existen en muy crecido número en museos y colecciones privadas del país, comprendiendo prácticamente todas las culturas ecuatorianas a partir de la fase Chorrera.

Aunque en líneas generales vale lo que hemos dicho a propósito del problema cronológico en la obra tantas veces citada (Alcina, 1958-a, 214-18), podemos ahora precisar algo más los datos que allí apuntábamos.

Las «pintaderas» de Asia Menor siguen siendo las más orientales y al mismo tiempo las más antiguas que hallamos en el mundo, si dejamos a un lado el problema cronológico de Sesklo, en Tesalia. En efecto, las «pintaderas» más antiguas parecen corresponder al período Troya II, que equivale al Bronce Antiguo II de Cilicia y al Heládico Antiguo II de Grecia (2.500 a. de C.). De estas fechas son la mayor parte de los ejemplares de Anatolia, Frigia, Lemnos y Tesalia, si bien siguen apareciendo ejemplares de «pintaderas» en los períodos Troya III y Troya IV (2.300 y 2.100 a. de C.). Los ejemplares más septentrionales de esta región en Servia, Macedonia Occidental y en la región de Galatzi, en Rumania, corresponden a una cultura de tipo neolítico avanzado o eneolítico y de cronología equivalente, al parecer a las de Asia Menor, es decir, entre 2.500 y 2.100 a. de C. El caso de la cultura de Sesklo viene a romper en cierta medida la secuencia cronológica que estamos marcando, ya que, según Laviosa, representa una antigüedad de 3.000 años a. de C. e incluso para Milojcic de hasta 3.400 años a. de C. Cornaggia, sin embargo, ateniéndose a la presencia de «pintaderas», le atribuye una fecha de 2.500 años a. de C. (Cornaggia, 1956, 131).

Los ejemplares de «pintaderas» aparecidos en la península italiana corresponden enteramente a un tipo de cultura

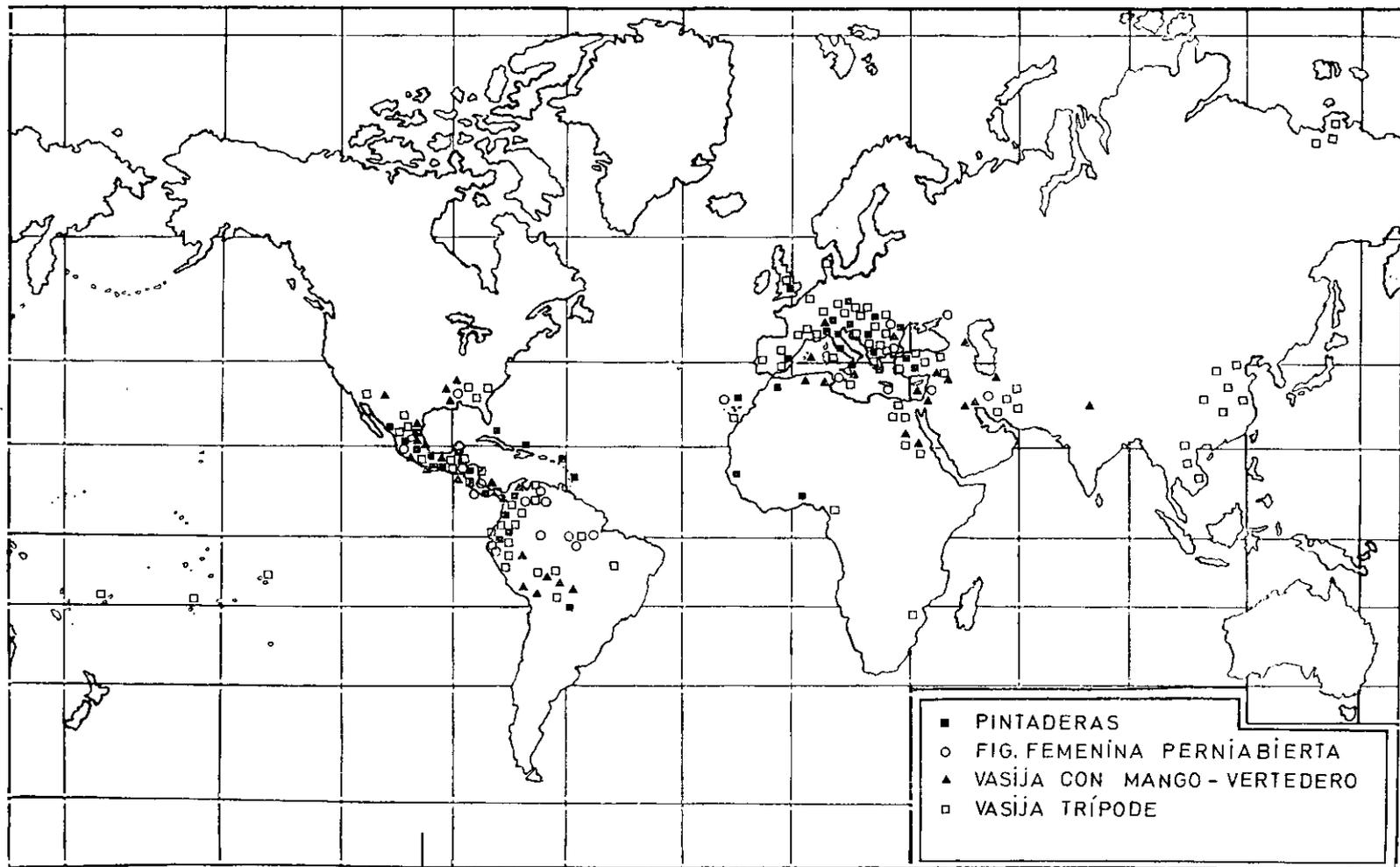


Fig. 4. Distribución mundial de pintaderas, figurita femenina perniabierta, vasija con mango-vertedero y vasija trípode.

neo-eneolítica, pudiendo marcarse dos provincias con cronología al parecer diferente: los yacimientos de la región septentrional —Veneto, Venezia Julia, Emilia y Liguria— parecen ser de en torno al 2.100 a. de C., mientras que los de la región meridional —Tremiti, Lipari y península salentina— se fechan entre 2.500 y 2.400 a. de C. Ello puede ser debido a que tales yacimientos meridionales hayan recibido influjos directos desde Grecia antes de que la corriente neo-eneolítica danubiana llegase a la región septentrional de la península italiana.

De acuerdo con estos datos, así como con la cronología general asignada al Neolítico, podemos suponer, como hacemos en 1958 (Alcina, 1958-a, 217), que la llegada del elemento cultural que estamos analizando, al extremo occidental del Viejo Mundo, se realiza en torno al período 2.000-1.500 antes de Cristo.

Respecto a las fechas asignables a las «pintaderas» más antiguas en América, tenemos ahora, además de los datos relativos a Mesoamérica, los que nos proporcionan los ejemplares hallados en Ecuador. En efecto, las «pintaderas» ecuatorianas, según decíamos, aparecen a partir de la llamada cultura Chorrera hacia el 1.000 a. de C., a través de toda la sucesión cultural ecuatoriana, es decir, en las culturas Guanagala, Jama-Coaque, Bahía, Manteña, Quevedo-Milagro y Jambelí (Estrada, 1959, 9-10). Si tenemos en cuenta que las relaciones culturales entre México y Ecuador son, posiblemente, muy antiguas, la fecha de 1.500 a 1.000 a. de C. puede ser el período durante el cual las «pintaderas» pudieron, en nuestra opinión, llegar del Viejo al Nuevo Mundo, con lo cual la secuencia cronológica del área mediterránea tiene una inmediata continuación en el continente americano.

Por lo que se refiere, finalmente, a la comparación estilística y tipológica entre los ejemplares del Viejo Mundo y de América, poco es lo que se puede añadir a lo que decíamos en 1958, ya que en su mayor parte los nuevos ejemplares ahora tenidos en cuenta vienen a coincidir con alguna de las formas entonces analizadas.

### **El «mango-vertedero»**

Un caso análogo, al parecer, al de las «pintaderas», pre-

sentado por nosotros en ocasión anterior (Alcina, 1958-b, y 1958-c), es el de un tipo especial de vasija que tiene la particularidad de mostrar un mango de forma tubular con la doble función de servir como vertedero al mismo tiempo que como auténtico mango.

La distribución geográfica de este elemento cultural, por todo el mundo, comprende aproximadamente las mismas regiones que hemos estudiado para las «pintaderas» (Alcina, 1958-b, 175, mapa 1). Teniendo en cuenta los nuevos datos que aportamos a continuación, aparecen ejemplares de este tipo de vasija desde Harapa, en el noroeste de la India, como punto más oriental, sigue por toda la zona conocida con el nombre de «Creciente fértil», Balcanes, islas del Mediterráneo, norte de Italia, norte de Africa y Canarias, para extenderse por el Nuevo Continente por Mesoamérica, Centroamérica, Perú y Bolivia.

Los nuevos yacimientos donde se pueden señalar ejemplares de este tipo de vasija corresponden a la India, Iraq, Egipto, Israel, Siria, Chipre, Cáucaso y Bulgaria. En conjunto son 22 los yacimientos del Oriente Medio o Mediterráneo oriental en los que aparecen tales vasijas: Nevasa y Jorwe (noroeste de la India), Hissar (Persia) (Schaeffer, 1948, 448, fig. 239), Susa (Baumgartel, 1955, fig. 37; Childe, 1953, figura 69), Jemdet Nasr (Baumgartel, 1955, fig. 37), Uruk (Iraq) (Childe, 1953, fig. 62, y Baumgartel, 1955, fig. 37), El Obeid (Iraq) (Childe, 1953, fig. 96), Abydos (Egipto) (Schaeffer, 1948, figura 205, y Baumgartel, 1955, fig. 37), Negada (Egipto) (Vandier, 1952, fig. 215), Tell Abu Matar (Israel) (Perrot, 1955, figura 16), Beersheba (Israel) (Contenson, 1956, figs. 3, 4, 7 y 8), Meggido (Palestina) (Schaeffer, 1948, 172-73, figs. 138, 140 y 145), Tell Ahmar (Siria) (Schaeffer, 1948, 81), El Hammam (Siria), Mishrifé-Qatna, Tell As (Siria), Uounous-Bellapais y Lapithos (Chipre), Kizilvank (Cáucaso) (Schaeffer, 1948, 80, 117, 121, 337 y 500), y Kapitan Dimitrijevo, Karanovo y Jasa-Tepe (Bulgaria) (Georgiev, 1961, láms. X-XII).

En el Mediterráneo occidental hay que añadir a los datos reunidos anteriormente algunos ejemplares de vasijas con «mango-vertedero», de Argelia: AinMellouk, Beni Oughlis y Kabilia maritima, ejemplares todos ellos modernos pero que

pueden servir de referencia en el sentido de que en esa región existe la tradición de este tipo especial de cerámica (Balfet, 1956, láms. X-4, XI-2, XVI-2 y XIX).

Finalmente, para Canarias, donde el tipo es muy abundante, podemos añadir ahora algunos nuevos ejemplares de Cañada Blanca, Cañada de la Mareta (Diego, 1953, láms. IX-X y figs. 5-6), Cañada de Pedro Méndez (Diego, 1953, lám. III) y abrigo Los Celajes (Diego, 1953, fig. 11), en la isla de Tenerife, y varios ejemplares del túmulo del Agujero, de Galdar, en Gran Canaria (Jiménez, 1941, 140).

En relación con los ejemplares de este tipo de vasija del Nuevo Mundo, cabe ahora que añadamos a los que señalá-bamos entonces algunos de los siguientes yacimientos: Menard Mound, Menard Landing, Beck Place, Kent Place, Bradley Place, Jones Place y Rose Mound, en el Estado de Arkansas, y los de Neblett Landing y Shabik'eshchee, en Mississippi y Nuevo México (Phillips y otros, 1951). También hay que señalar dos vasijas de Marca Huamachuco, en el Perú (Mac Cown, 1945, fig. 14-k y l).

El problema cronológico queda planteado en términos parecidos a como lo hacíamos en anterior ocasión (Alcina, 1958-b, 17-19, y cuadro 2), si bien ahora podemos retrotraer la fecha más antigua, que situábamos en torno al cuarto milenio antes de Cristo y que ahora, en función del dato de El Obeid, podemos elevar a la segunda mitad del quinto milenio (4.400-3.950). Las fechas de los hallazgos pertenecientes al «Creciente fértil» oscilan todas ellas en torno al tercero y cuarto milenios: período Nagadiense (3.950-3.200), Susa I (3.950-3.750), Ugarit Antiguo III (2.300-2.100), Chipre (2.300-2.000), etcétera. Los hallazgos más marginales, como los del noroeste de la India, contemporáneos del período Harappa Reciente, el de Hissar y el de Kizilvank, son siempre más recientes que los del «Creciente fértil», señalándose así el área originaria de la difusión.

Un problema no resuelto es el que representa la fecha de 3.000 a. de C. para los hallazgos de Bulgaria (Berciu, 1961), la cual se halla en desacuerdo con la marcha que observamos para el resto del Mediterráneo.

El hallazgo de vasijas del tipo que estudiamos en cerá-

mica moderna de Argelia, si bien no nos proporciona una fecha concordante con las del resto del Mediterráneo Occidental, viene a completar, como hemos dicho, el eje de difusión norteafricano en la misma forma como ocurría con las «pintaderas».

Por último, la tipología de esta forma cerámica quedó suficientemente estudiada en el artículo a que hacemos referencia más arriba, por lo que nos remitimos a lo que decíamos entonces (Alcina, 1958-b, 3-6, cuadro 1), dado que los ejemplares que han venido a aumentar la serie no varían sustancialmente aquella clasificación de formas.

### **Figura femenina perniabierta**

El tercer elemento cultural de carácter arqueológico estudiado por nosotros hasta ahora es la que hemos llamado «figura femenina perniabierta» (Alcina, 1962), siguiendo a Imbelloni (1950), también conocido con el nombre de *crescent-based*, según Palmatary (1960), y que en nuestra opinión es una forma de representación de la «Diosa Madre», que tiene, por tanto, un carácter concordante con los restantes caracteres neolíticos de que estamos tratando aquí.

La difusión de este elemento cultural, pese a ser sus hallazgos mucho menos densos que en los casos anteriores, sigue, en líneas generales, cubriendo las mismas áreas, al menos por lo que se refiere al Viejo Mundo, ya que lo encontramos en el Mediterráneo oriental, en la región danubiana de los Balcanes y en Creta y Malta, para llegar, finalmente, a las Canarias. En cuanto a la difusión por América podemos observar que ésta está centrada algo más al Sur que en los casos anteriores. Los núcleos principales en este caso son los de la región amazónica y venezolana, si bien hallamos ejemplares más al Norte, por Centroamérica, México, e incluso el área del Mississippi, y más al Sur hasta la región de Salta en la Argentina. Esta consideración era la que nos llevaba a sugerir que la entrada de este tipo especial de figurilla se habría producido en la zona comprendida entre las desembocaduras del Orinoco y del Amazonas, difundiéndose desde allí hacia el Norte y el Sur, donde este tipo es mucho menos abundante.

En cuanto a la cronología, poco es lo que hay que añadir respecto a lo que decíamos al publicar el artículo al que hacíamos referencia antes. Sí debemos destacar aquí que las fechas más antiguas que es posible señalar se remontan al séptimo milenio antes de Cristo, lo que es notablemente más antiguo que las fechas más antiguas señaladas para «pintaderas» y vasijas con mango-vertedero.

### **El vaso trípode y polípodo**

La conclusión del estudio que publicamos en 1953 sobre la «Distribución geográfica del vaso trípode en el mundo» (Alcina, 1953), estudio que habíamos emprendido con fines de comprobación en relación con la tesis que mantenemos en este artículo, era más bien de carácter negativo. Desde entonces hemos seguido recogiendo datos que si por una parte vienen a completar y aumentar la densidad de ejemplos en las áreas ya señaladas entonces, por otra parte alcanzan a regiones para las que no poseíamos datos en aquel momento. Si traemos a colación este elemento cultural no es por otra cosa que porque señalándose ahora entre las nuevas regiones para las que tenemos datos, dos africanas —Canarias y Congo—, creemos necesario reconsiderar el caso planteado por ese elemento en el sentido de que si, como decíamos entonces, parecía muy probable que su incorporación al patrimonio cultural indígena de América se hubiese realizado por la vía del Pacífico, ahora hay que tener en cuenta la posibilidad de que tal ingreso en América se hubiese realizado por la vía atlántica.

El número de yacimientos con vasijas trípodes o polípodas que habría que añadir a los reseñados en la publicación citada no sería inferior a 80, por lo que, dada la restricción de espacio, en esta ocasión habrá que prescindir de su enumeración. Tales yacimientos cubren más o menos densamente la Península Ibérica, Francia, Cerdeña, Centroeuropa, Balcanes, Asia Menor, Oriente Medio, llegando hasta Persia.

Los tipos de vasijas trípodes, conocidos con el nombre de *kia* de China, que aparecen en número muy abundante en Persia, enlazan la serie de vasijas del tipo que venimos men-

cionando desde los Balcanes con los muy abundantes ejemplares chinos, a los que ya nos referíamos en ocasión anterior. Por otra parte, la difusión de este tipo de vasijas coincide con el descubrimiento en China y a lo largo de la ruta de comunicación norte, vía Siberia, de hachas de bronce de tipo europeo. En conjunto, pues, puede afirmarse que este tipo de vasijas pasa del Oriente Próximo y Medio a China en torno al primer tercio del segundo milenio a. de C., fechas del período Bronce Medio en Asia Occidental y de la cerámica neolítica de la China Septentrional. Tanto las vasijas del tipo *kia* (Schaeffer, 1948, fig. 321) como las marmitas trípodes de los tipos *Ting*, *Li* y *Li-Ting* (Schaeffer, 1948, fig. 324) son extraordinariamente abundantes en China.

Finalmente, por lo que se refiere a casos de vasijas trípodes en territorio africano, sólo podemos añadir al ejemplo señalado en nuestro estudio anterior (Alcina, 1953) dos nuevos ejemplares, aunque ambos sumamente significativos por su localización: un ejemplar de vasija trípode procedente de Uebanguí, en el Congo francés, que se conserva en el Museo Canario, así como otros varios ejemplares de Canarias, en los que se pueden observar rudimentarios mamelones (Diego, 1963, 28), de los que en ocasiones —como en el caso de una vasija de Mogán, Gran Canaria— sólo quedan las señales de inserción.

El problema cronológico, al cual no hacíamos referencia en el artículo antes mencionado, es del mayor interés dada la enorme abundancia de datos a este respecto, la amplitud del área geográfica que abarca y las tendencias que se señalan.

De la misma manera que en los casos que hemos examinado en las páginas precedentes, las fechas más antiguas en relación con vasijas trípodes o polípodas corresponden al Mediterráneo oriental, en este caso a los yacimientos egipcios, de los que el más antiguo corresponde a la cultura de Kôm W, que da una fecha de más de 4.000 años a. de C. Si tomamos este punto como partida de la supuesta difusión de este tipo específico de base cerámica, podremos distinguir tres ejes de difusión: el norteafricano, el europeo y el asiático. El primero de ellos es, sin duda, el más endeble, en

cuanto a que carece, en gran parte, de puntos de apoyo, ya que en este caso no hallamos muestra alguna a lo largo de toda la costa norteafricana, marcándolo, sin embargo, como posible ruta, al igual que la de otros rasgos evidentemente neolíticos que se desplazan por esa zona. El hecho de que aparezcan dos ejemplares aislados, uno en el Transvaal y área Hotentote y otro en el Congo, parece sugerir una cuarta ruta de difusión hacia el Africa negra, pero ésta, en cualquier caso, tiene poco interés para nosotros.

La ruta de difusión asiática presenta unos jalones perfectamente marcados y adecuadamente escalonados en el tiempo. Desde el área supuestamente originaria —Egipto—, en la que se sigue la tradición del empleo de este tipo de soporte a través de la cultura de El Omari (4.000-3.800) y del Nagadiense (3.800-3.000), se pasa a Mesopotamia, donde hallamos ese mismo tipo en la fase VI del yacimiento de Tépé Gawra (3.000-2.500), región en la que seguirá su propia evolución, pero de la que muy pronto emigrará al Irán, donde hallamos las primeras vasijas trípodes en Tépé Djamshidi y Tépé Giyán III (2.000-1.600). Y muy pronto también pasará a la región septentrional de China, donde se está viviendo por aquellos mismos años todavía un período claramente neolítico. En China el pie trípode se hará clásico, pasando finalmente a Indochina y el Japón.

No está evidenciado el paso de la vasija trípode desde el Egipto nagadiense hasta Europa, por una cadena continua de hallazgos, en torno al 3.000 a. de C.; sin embargo, el hecho de que aparezca por esas fechas en Troya I presupone la existencia de ese tipo de cerámica en las regiones intermedias, aunque hasta ahora solamente haya evidencias que corresponden a épocas más tardías. En efecto, el soporte trípode lo hallamos en Jerichó (1.900-1.600), en el Bronce Medio del Líbano (1.900-1.750), en la etapa del Bronce de Chipre (en torno al 2.000) y entre el utillaje de Tell As, Tell Ahmar y del período Medio I de Ugarit, en Siria (2.500-1.800). En Hisarlik perdura la vasija trípode durante los períodos Troya II y Troya III y la hallamos también en la isla de Lemnos, en el período Poliochni V (2.600-2.200).

A partir de aquí, la cadena formada por los yacimientos

europesos en los que aparecen vasijas trípodes o polípodas es de una enorme densidad. En Grecia hallamos vasijas de este tipo en la cultura de Sesklo (3.000-2.500), de los que deben derivar otros ejemplares posteriores correspondientes a la cultura Larissa. El contacto más directo debe establecerse a continuación con la cultura Körösh, en Hungría (3.000-2.500), de cuyos hallazgos debe derivar un grupo de vasijas halladas en Yugoslavia (Vinca), Rumania (Gumelnita) y Bulgaria (Kiri-lovo-Veselinovo). La marcha de esta idea hacia el área central de Europa debe realizarse con bastante celeridad, ya que encontramos vasijas trípodes en Alemania dentro del conjunto cultural de Rössen (3.000-2.500) y aunque los hallazgos de este tipo de cerámica en Checoslovaquia, Austria y Sur de Polonia corresponden a épocas posteriores, parece evidente que debió darse ya en una época equivalente a la de la cultura Rössen.

Finalmente, el grupo de hallazgos correspondiente a la Europa Occidental parece ser algo más tardío (a partir del 2.500). En Portugal lo hallamos en la cultura de Vilanova de San Pedro II y III; en España, con el Vaso Campaniforme II-b y en la cultura de Los Millares, y en Francia, dentro del complejo palafítico y de la cultura pirenaica, en torno al 2.000 a. de C.

En cuanto a la existencia de un único foco de difusión de la vasija trípode o polípoda en el Viejo Mundo, no parece haber duda de acuerdo con la distribución geográfica y la secuencia cronológica que hemos marcado para la misma en aquellos territorios. No ocurre lo mismo respecto al problema de la aparición de este elemento cultural en América, donde si por una parte encontramos una distribución geográfica bastante homogénea, cuya frontera septentrional no parece posible remontarla a más allá del Norte de México, mientras la meridional no alcanza a territorios al Sur del Noroeste argentino, siendo evidente una mayor utilización de este elemento en el área mesoamericana, por otra parte las fechas seguras más antiguas para todo el continente presentan, a nuestro juicio, una posible doble solución al problema de los orígenes. Parece evidente que el tipo de vasija trípode americana deriva de un solo foco y se difunde en algún lugar de Mesoamérica y en una fecha que puede oscilar entre 1.400

y 500 a. de C. Sin embargo, la aparición de vasijas trípodes en la cultura Valdivia, en Ecuador, en torno al 2.500 a. de C. nos hace dudar de la seguridad de nuestra primera afirmación.

Si mantenemos como hipótesis de trabajo el que la vasija trípode haya podido llegar al continente americano desde Asia, vía Pacífico, teniendo como punto probable de arribo la costa ecuatoriana, nos encontraremos con que, si bien el viaje es posible, partiendo de China o del sudeste asiático, pasando o no por las islas del Pacífico, donde encontramos huellas, la discordancia de fechas hace imposible que mantengamos tal hipótesis, ya que los ejemplares más antiguos de China no son anteriores al 2.000 a. de C., pudiendo fecharse el Neolítico de Indochina hacia el 1.500 a. de C., con lo que los ejemplares, sin fechar, hallados en las islas de Cook, Wallis, Samoa, Fidji y Hawai deben ser mucho más recientes. Por consiguiente, el posible viaje transpacífico o bien no alcanzó las costas americanas, o si las alcanzó sería en época posterior a la llegada del elemento cultural que estamos discutiendo.

Si, por el contrario, tomamos como hipotética vía de ingreso de este elemento en América la atlántica, nos encontraremos con que la fecha más antigua que podemos dar al Neolítico canario no se remonta a más allá del 2.000 a. de C., fecha que concuerda con la que puede atribuirse a los hallazgos de cerámica trípode en Tlatilco, del 1.400 al 500 a. de Cristo, pero que está también en completo desacuerdo con las fechas de la cultura Valdivia del Ecuador.

Queda, por tanto, la posibilidad de que haya habido una doble invención independiente en la costa ecuatoriana, cosa relativamente improbable, o que todo el conjunto de cerámica trípode americana sea, en conjunto, independiente de la del Viejo Mundo, partiendo, por tanto, la idea básica de la cultura Valdivia, aunque fructificase y creciese con una mayor densidad en Mesoamérica.

### **Otros elementos arqueológicos**

Si acerca de los elementos culturales que acabamos de examinar poseemos un número de pruebas que creemos sufi-

ciente para poder concluir, con mayor o menor precisión, que su incorporación al cuadro ergológico de las culturas antiguas de América pudo producirse siguiendo una vía atlántica de migración, los elementos que vamos a mencionar a continuación son, por lo general, meras sugerencias que pueden servir de base a estudios posteriores en la misma línea que los relativos a «pintaderas», vasijas con mango-vertedero, figurita femenina perniabierta y vaso trípode o polípodo, pero que en el momento actual no son más que posibilidades que si tienen algún valor es, en tanto que las podemos considerar en conjunto, formando parte de un complejo de rasgos que debe pasar a América de un modo global y homogéneo y no de manera independiente. Haremos referencia a continuación a esta serie de rasgos señalando los datos que tenemos en la mano en estos momentos.

#### *Boleadoras*

Es bien sabido que una de las armas más características de los pueblos cazadores de las praderas sudamericanas es la *boleadora* (Métraux, 1949). Su distribución en este continente viene a coincidir, por otra parte, con la de la honda. Señalar con detalle esta distribución en el Viejo Mundo, como en América, podría indicarnos un camino, o quizá una mera posibilidad. Es interesante señalar, sin embargo, el hecho de que en las islas Canarias no solamente se señalen abundantes esferoides (Espinosa, 1952, 43), sino lo que es mucho más importante, «esferoides de piedra, algunos con arista viva en la mitad de su contorno» (Diego, 1963, 32), o los grupos de «tres piedras lisas, redondas», que usaban los indígenas de Gran Canaria (Abreu Galindo, 1955, 151). Estos hallazgos hay que ponerlos en relación con los muy numerosos yacimientos africanos, en los que aparecen esferoides que, en ocasiones, como en el caso de *Churgold*, son auténticas boleadoras (Clark, 1955). Si este conjunto de hallazgos pertenece al Mesolítico africano, como supone Clark, parece posible ver en el continente africano el foco originario de este tipo de armas.

#### *Banquetas*

Otro caso igualmente interesante es el de los abundantes

taburetes representados en cerámica, piedra o como piezas originales en madera de la región septentrional de Sudamérica, Centroamérica y Antillas, y muy en especial los taburetes trípodos o tetrápodos representando un animal, tal, por ejemplo, los conocidos *duhos* antillanos de madera (Lehmann, 1951) o los metates en piedra de Costa Rica y áreas vecinas (Dorsin角度-Smets, 1955). Las referencias a estos asientos, duhos y metates son muy abundantes (Bennett, 1954; Imbelloni, 1950; Pérez de Barradas, 1943, etc.), por lo que nos remitimos a un próximo estudio sobre ese tema.

Al igual que en el caso de las boleadoras, es en África donde hallamos algunos paralelos comparables con los ejemplos americanos. Los casos más notables son dos banquillos: uno del Alto Volta (Baumann y Westermann, 1948, fig. 349) y el otro de Dahomey (Murdock, 1945, fig. 63), cuya base es un animal de tres o cuatro patas. Forma parecida presenta un apoyanucas de los Nguindos (Baumann y Westermann, 1948, figura 70).

#### *Urnas funerarias*

En la misma región del Nuevo Mundo a que nos referíamos en el párrafo anterior, y muy especialmente en Colombia, se da un tipo de urna funeraria que tiene la particularidad de presentar sobre la tapadera una figurita representando un hombre o una mujer. Se pueden obtener ejemplares de este tipo de urna entre los Muiskas del Altiplano de Bogotá y los Mosquitos del Bajo Magdalena (Pérez de Barradas, 1943, I, figuras, 16, 22 y 23, y lám. 34-1; Harcourt, 1948, fig. 100; Lehmann, 1959, lám. XIX-1; Bennett, 1954, fig. 173, y Duque, 1955). En otros casos la urna está coronada por una figurita zoomórfica, alcanzando en este caso hasta la región del Orinoco, donde también se encuentran (Mejía, 1945, lám. 2, figura 13; Nordenskiöld, 1930, fig. 2-B). Es curioso señalar que en la región del Níger, dentro de la llamada Civilización neosudanesa, se dan las urnas Djerma, caracterizadas, al igual que las colombianas, por la figura humana que las corona (Baumann y Westermann, 1948, fig. 18-9, y Frobenius, 1952, lámina 138).

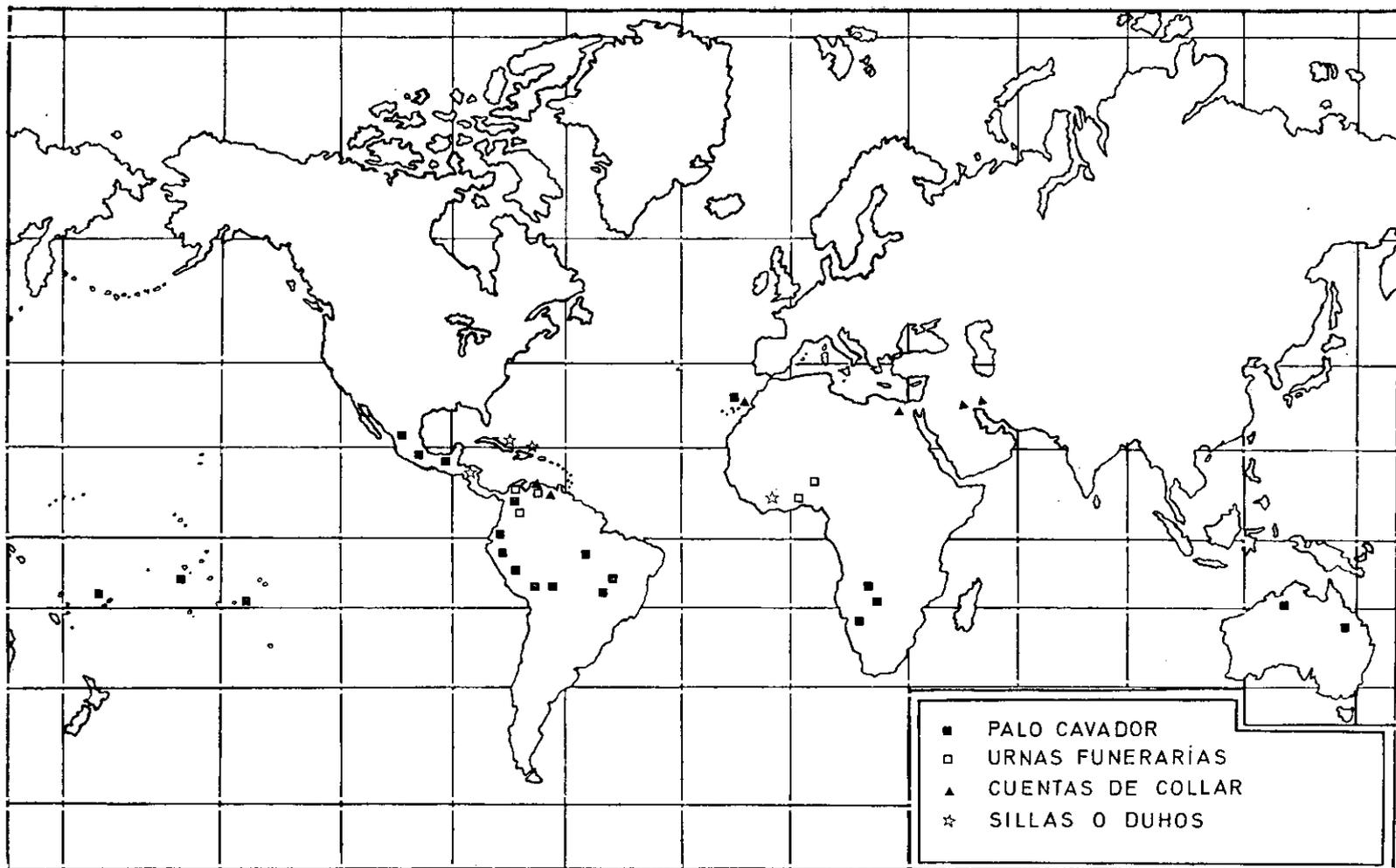


Fig. 5. Distribución geográfica de algunos rasgos culturales como señalizadores de contactos.

*Cuentas de collar*

Otro elemento cultural cuyo estudio sería de gran interés para nuestro objeto son las cuentas de collar elaboradas en barro cocido, de las que tenemos abundantes ejemplos en el Viejo Mundo: Mesopotamia, Egipto, Canarias (Diego, 1963, 35), cuyo paralelo americano encontramos, por ejemplo, en Venezuela (Dupouy, Requena y Crucent, 1948, 49 y 55).

*Petroglifos*

La semejanza existente entre determinados temas de los petroglifos que aparecen en el Viejo y Nuevo Continente ha sido señalado en varias ocasiones por Pericot (1955, 599, y 1963, 8-9), quien dice que «durante la Edad del Bronce aparecen en los países atlánticos, desde Irlanda a la Península, pasando por las Islas Británicas y Bretaña, un arte del grabado en el que se dan con frecuencia determinados motivos curvilíneos... En estos últimos tiempos hemos averiguado que en las islas Canarias (isla de la Palma) se hallaba un arte del grabado rupestre con caracteres semejantes e incluso que un arte parecido alcanzó en el continente africano las zonas del Atlas o comarcas aún más al Sur. Las gentes que eran capaces de navegar por el Atlántico en botes de cueros cosidos (referencia del Periplo de Avieno), bien pudieron alguna vez ser arrastrados por vientos y temporales hasta el otro lado del océano. En todo caso, el arte del grabado rupestre se extiende a toda América y no sería difícil establecer una tabla de paralelismos en los motivos. Algunos de ellos..., como el laberinto, responden en América, con su identidad, al de Hollywood en Irlanda y al de Mogor en Pontevedra» (Pericot, 1963, 8-9).

No hay que olvidar que algunas inscripciones canarias se relacionan, según Wölfel, con signos cretenses, con lo que la corriente mediterránea de Oriente a Occidente que hemos señalado en diferentes ocasiones vendría a repetirse en este caso y que estas relaciones se producirían en la segunda mitad del tercer milenio, o en el segundo milenio (Schwidetzky, 1963, 22-23). Por otra parte, el motivo de las espirales en el arte rupestre norteafricano es relativamente frecuente, cons-

tituyendo así, con las muestras canarias, una unidad muy importante (Veaufrey, 1936 y 1939, láms. 36 y 37, fig. 7, citado por Schwidetzky, 1963, 21).

He aquí, pues, un tema de enorme interés que reclama una investigación detallada y llena de dificultades, especialmente por lo que se refiere a la datación de este tipo de hallazgos.

#### *Palo cavador*

Otro elemento de comparación digno de ser tenido en cuenta es el palo cavador, de uso prácticamente universal en América y que en forma muy parecida era utilizado por los indígenas de Tenerife y Gran Canaria. En efecto, la descripción que del instrumento y su uso nos hace Cedeño es enormemente reveladora. Dice este cronista que «con puntas de palo grandes y fuertes, tostadas primero, se juntaban muchos ayudándose unos a otros y armaban un cantar y vocería y muchos juntos afilaban una grande estaca y apretando con fuerza hacia la tierra, todos a una después apalancaban» (Citado por Chil, 1876, I, 579).

Al igual que los indígenas de Gran Canaria, los de Tenerife, «... con unos cuernos de cabra y unas como palas de tea... cavaban o, por mejor decir, escarbaban la tierra y sembraban su cebada» (Espinosa, 1952, 39)

#### *Magados*

Es el propio Pericot quien señala otro elemento cuya comparación sería muy interesante establecer sobre bases más sólidas. Me refiero a un arma de combate utilizada por los canarios, así como por los antiguos mexicanos y nicaraos, conocida en Canarias con los nombres de *magado*, *magle*, *amogadac* o *amodeghe*. Consistían estas armas en una especie de garrotes de madera «armadas muchas veces de tabonas o pedernales afilados» (Viera y Clavijo, 1950, I, 167), cuyo mango tendría una longitud de cerca de tres metros (Diego, 1963, 40). Aunque las descripciones no coinciden con todo detalle, parece que estos instrumentos fueron utilizados con mucha frecuencia por los indígenas prehispánicos de las islas Canarias (Abreu, 1955, 150; Torriani, 1959, 110; Cedeño, cita-

do por Diego, 1954, 20, etc.). Pericot señala la extraña semejanza entre estas armas y el «*maquahuitl* mejicano, también armado con lascas de obsidiana, y mejor aún con el de los nicaraos, más primitivos, que era un garrote con lascas de obsidiana» (Pericot, 1955, 595).

### 3. PRUEBAS ETNOHISTORICAS

El hecho, poco frecuente, de poseer descripciones bastante detalladas, tanto para los indígenas del continente americano como para los de Canarias, nos permite establecer algunas comparaciones entre ambos grupos en relación a rasgos culturales de carácter no arqueológico. En este caso los elementos que destacamos son meras sugerencias que creemos merecen un estudio mucho más detallado. Esperemos que en los próximos años podamos dedicarnos a profundizar en cada uno de estos aspectos.

#### *Lenguaje silbado*

La comunicación a grandes distancias mediante el silbido es un rasgo no muy frecuente entre grupos humanos. Ha sido Hasler (1960) quien ha señalado este tipo de comunicación en una serie de grupos indígenas, del presente o del pasado, en México, Canarias y Africa, los que no parece dudoso que deban relacionarse entre sí, aunque para nuestro interés actual no pueda desprenderse de esa relación la época en que se estableció.

Espinosa (1952, 42) y otros cronistas hacen referencia al hecho de que los primitivos habitantes de Tenerife, «cuando tenían guerra, con ahumadas se entendían, y con silbidos que daban de lo más alto, y el que los oía silbaba al otro, y así, de mano en mano, en breve tiempo se convocaban y juntaban todos» (Abreu, 1955, 296). Esta costumbre ha sobrevivido hasta nuestros días entre los habitantes de la Gomera.

El propio Hasler señala el hecho de que este sistema de comunicación es empleado por varias tribus negras, «por ejemplo los baya del Camerún Meridional» (Hasler, 1960, 35).

De otra parte, en México lo emplean los Chinantecos de Oaxaca, los Zapotecos, los cafetaleros blancos de Huatusco, los Nahuas de Tlaxcala y de la Huasteca Meridional, los Totonaecos, los Mazatecos de Oaxaca y los Tepehuas de Hidalgo (Cowan, 1952, cit. por Hasler, 1960, 23) y los Otomíes (Hasler, 1960, 23, nota 1).

Este tipo de silbo, por el cual se comunican los tonos de su lengua normal, ha debido ser «invento de montañeses con idioma tonal» (Hasler, 1960, 35). Ahora bien, cómo y en qué momento ha podido ser transmitido el sistema del Viejo Mundo a México es cosa que resulta altamente dudoso, ya que la comunicación con grupos negros se ha producido de manera más intensa después de la conquista española y es en esa época cuando ha podido transmitirse al Nuevo Continente.

#### *Matrimonio entre hermanos*

Es bien sabido que la totalidad de las sociedades humanas del pasado o del presente prohíben a sus miembros el matrimonio entre hermanos y consideran la transgresión de esta ley como un caso de *incesto*. Hay, sin embargo, algunas pocas excepciones a esta regla, y solamente entre la clase social más elevada: la realeza. Son los casos del Egipto dinástico, del Perú de los Incas y de los soberanos de Hawai. A esa breve lista hay que añadir, sin embargo, el caso de los indígenas de, al menos, Tenerife y Lanzarote, en las Canarias.

En efecto, sabemos por Espinosa, por ejemplo, que «el Rey no casaba con gente baja y, a falta de no haber con quién casar, por no ensuciar su linaje se casaban hermanos con hermanas» (Espinosa, 1952, 42) y es bien conocida la historia del último soberano de Lanzarote, *Guanareme*, quien casó con su hermana *Ico* (Chil, 1876, I, 406; Viera, 1950, I, 172; Schwidetzky, 1963, 22).

Aunque los datos conocidos son muy pocos y aislados, el hecho de que los lugares señalados coincidan con algunos de los marcados para demostrar la difusión de determinados rasgos de carácter material parece sugerir que éste forma parte del complejo cultural que, originado en el Oriente mediterráneo, se difunde hacia Occidente, hasta llegar a las Canarias y pasa al Nuevo Mundo.

### *Vírgenes vestales*

Coincidiendo con dos de los lugares señalados en el párrafo anterior para la dispersión del matrimonio entre hermanos —Canarias y Perú—, debemos hacer mención ahora de la existencia en esas dos regiones de un tipo de doncellas o vírgenes recluidas en una especie de monasterios, conventos o escuelas, de manera perpetua o temporal, y dedicadas al culto divino.

La descripción que de este tipo de doncellas hace Gómez Escudero, hablando de Gran Canaria, es muy expresiva: «Tenían las casas de las doncellas recogidas, que éstas no salían a parte alguna, salvo a bañarse, y habían de ir solas y había día diputado para eso y así, sabiéndolo o no, tenía pena de la vida, el hombre que fuera a verlas, a encontrarlas y hablarlas: llamábanlas *Maguas* o *Maguadas*... Estas *Maguas* no salían de sus Monasterios, si no era para pedir a Dios buenos tiempos, si alguna quería salirse fuera debía de ser para casarse» (Chil, 1876, I, 520), cuya descripción tanto recuerda a las jóvenes vestales del Imperio de los Incas.

Las casas o monasterios en que residían las *maguas* eran conocidas con el nombre de «Tamogante en Acorán», o templo de dios (Torriani, 1959, 95, y Abreu, 1955, 156). Marín y Cubas precisa que estas doncellas eran «hijas de nobles que de toda la isla venían allí para aprender como escuela» (Chil, 1876, I, 526).

### *Propiedad de la tierra*

Siguiendo la línea mencionada en los párrafos anteriores, hay que señalar igualmente el particular sistema de propiedad de la tierra que regía en Tenerife y Gran Canaria en época prehispánica y que tanto recuerda la organización incaica. Viera y Clavijo es el cronista más explícito en este aspecto, al decirnos que «En Tenerife eran los reyes señores y propietarios absolutos de todas las tierras de labor, que repartían cada año entre sus vasallos atendiendo a la calidad, familia, méritos y servicios de cada uno, de manera que los guanches no eran más de unos usufructuarios de las tierras o como unos labradores del estado, que no le pagaban pensión» (Viera, 1950, I, 143). Espinosa, Cedeño y Gómez Escudero precisan

algunos extremos insistiendo en que el reparto de las tierras se hacía anualmente (Espinosa, 1952, 39; Chil, 1876, I, 531-32).

#### 4. PRUEBAS ANTROPOLOGICAS

Un cierto número de pruebas de carácter antropológico, sobre las que vamos a tratar brevemente a continuación, vienen a contribuir en alguna medida a la tesis que estamos presentando en estas páginas. En su mayor parte, estas pruebas son de carácter cultural, pero afectan fundamentalmente al hombre en su aspecto físico, son de carácter patológico o señalan determinados rasgos de carácter racial. Las hemos agrupado bajo el título de pruebas antropológicas por tener en común el hecho de afectar al cuerpo humano.

##### *La trepanación*

La trepanación craneana, ya sea entendida como un procedimiento quirúrgico o como una práctica ritual (Mac White, 1946, 64-65), dado que no parece muy aceptable la interpretación de que pueda tratarse de la resolución natural de una lesión de «osteomielitis», según propugna Marill (1955), ha llamado la atención desde hace mucho tiempo y ha producido una bibliografía extraordinariamente abundante.

La distribución mundial de la trepanación presenta, por otra parte, particularidades muy notables. A grandes rasgos podemos decir que aparece en el centro y occidente de Europa, en el Noroeste de Africa y Canarias, en el área Andina y algunos otros puntos más al Norte, en América y en algunos lugares de Oceanía (Loughborough, 1946, 417). Es notable la ausencia de esta práctica en casi todo el continente africano, en la Europa oriental, así como en toda Asia, Australia y en casi toda Norteamérica (Heyerdahl, 1952, 660). La disyuntiva que tal distribución plantea en orden a la difusión de esta práctica queda concretada por Pericot, al decir que «Nos enfrentamos, pues, en este caso, con el problema siguiente: el de preferir una difusión hacia el Este, cruzando el Pacífico, o hacia el Oeste, iniciándose en los focos neolíticos del Norte de Africa y siguiendo por las Canarias, atravesando el Atlán-

tico, para alcanzar las tierras americanas» (Pericot, 1963, 5-6). El hecho de que «en el Perú y Bolivia, la herida producida al trepanar se cubriera con un pedazo de calabaza en lugar del pedazo de coco que usaban en Oceanía, da también que pensar, pues la calabaza *Lagenaria* es tal vez la planta americana que tiene más probabilidades de haber llegado cruzando el Atlántico» (Pericot, 1963, 6).

En la Europa occidental pueden señalarse dos importantes focos, en Centroeuropa y Península Ibérica, además de algunos hallazgos aislados. Los grupos más importantes de cráneos trepanados son los de la cultura de Som-Horgen, los de la región de Cévennes, en el Sur de Francia, los de Checoslovaquia, Bohemia y Wurtemberg (Loughborough, 1946, 416; Mac White, 1946, 64; Childe, 1925, 119, 170, 186, 246 y 278; Childe, 1929, 171). Todos estos grupos parecen corresponder a culturas de tipo neolítico «que se individualizan primero en la cultura megalítica de Cévennes» (Mac White, 1946, 64) y que, en términos generales, abarcan de los 3.000 a 2.000 años a. de C. En Bretaña, Inglaterra, Dinamarca y Suecia se señalan otra serie de trepanaciones más o menos aisladas, pero evidentemente relacionadas con el grupo principal al que nos hemos referido antes. En Italia se señala también un cráneo con cuatro trepanaciones, dentro de un contexto eneolítico.

En la Península Ibérica hay una larga serie de yacimientos con cráneos trepanados que ha recogido Mac White y entre los que hay que señalar: Pagobakoitza, Aigües Vives, Tisuco, Alcázar del Rey, Trapucó, Mahón, Binatzem, los Blanquizaes de Lebos, la Sabina, el Jabugo, Quintana de Rabaçal, Casa de Moura, Castelo de Pragança, gruta de Furninha, etc. (Mac White, 1946).

En el Norte de Africa, «donde sobrevive entre los bereberes del Atlas», hay un foco (Wölfel, 1925, cit. por Heyerdahl, 1952, 660), que debe conectarse, sin duda, con los abundantes hallazgos entre los habitantes prehistóricos de las islas Canarias (Bosch, 1961-62, 36-39).

La trepanación en América se concentra, como hemos dicho, en el área andina. No obstante, hay algunos casos aislados en la Columbia Británica (Hill-Tout, s. a., y Kidd, 1948,

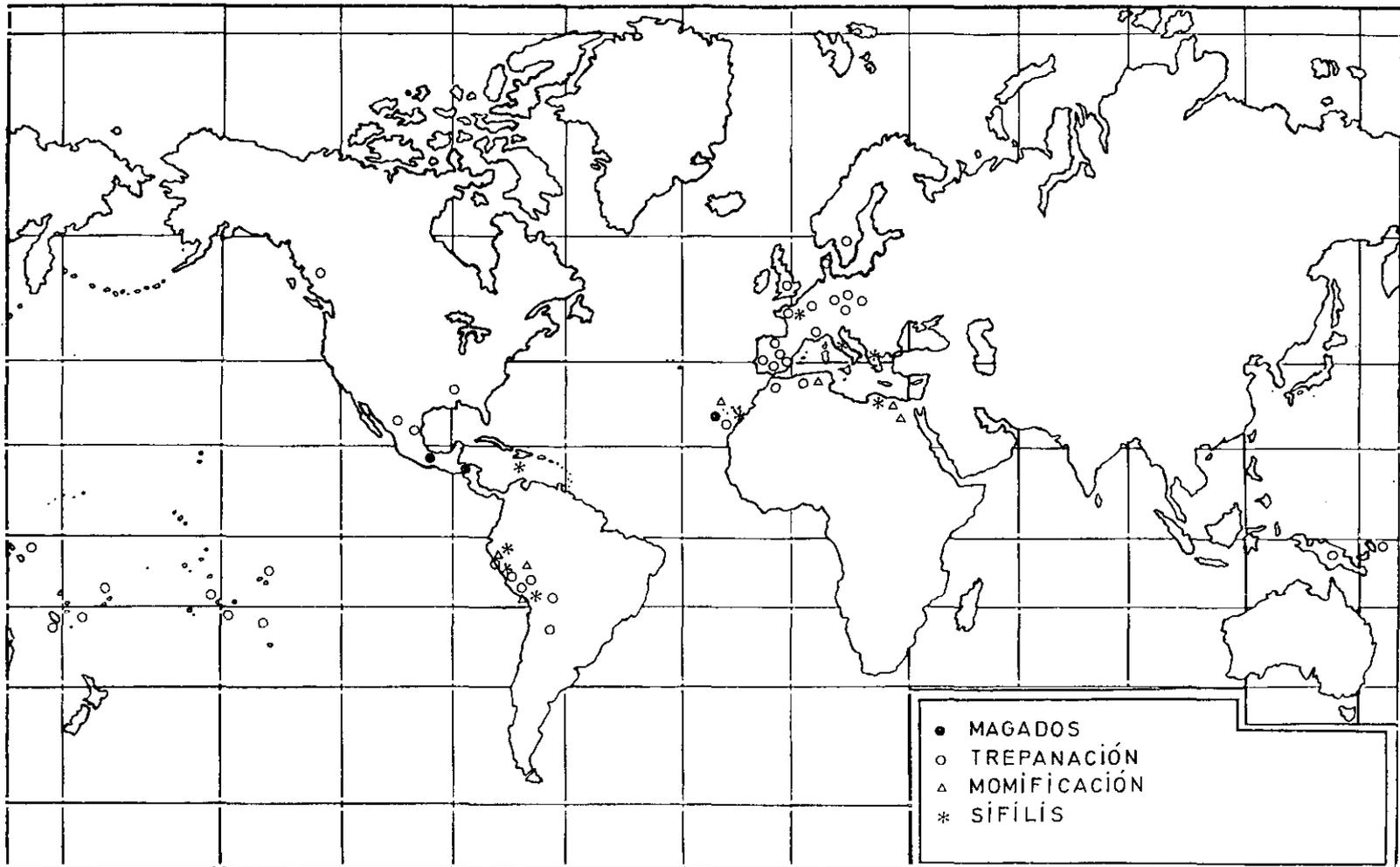


Fig. 6. Distribución geográfica incompleta de algunos rasgos culturales y antropológicos.

citado por Heyerdahl, 1952, 660), Mississippi, región Tarahumara y otras zonas de México (Heyerdahl, 1952, 660). En la región de Perú y Bolivia la cantidad de cráneos trepanados es enorme. La mayor proporción se encuentra en Paracas, donde alcanza hasta un 40 por 100 de los cráneos hallados; pero no faltan en la región del Cuzco, en Huarochiri y en Bolivia, sobre todo en los alrededores de La Paz (Stewart, 1950).

Por último, en el Pacífico, Heyerdahl menciona numerosos casos de trepanación en las islas de la Sociedad, Marquesas, Tahití, islas Fidji, etc. (Heyerdahl, 1952, 655-57).

Si el problema lo planteamos en términos de poder determinar la difusión de estas prácticas, parece evidente que el foco originario hay que situarlo en Europa occidental, de donde parece lógico que pasase al Norte de Africa y Canarias. El hecho de que falte esta técnica en Asia, Indonesia y Australia parece obligar a pensar que o bien el foco oceánico-americano es independiente, o bien se debe a influencias llegadas por el Atlántico.

### *La momificación*

El caso de la momificación se plantea en términos parecidos a los que hemos examinado en el párrafo anterior. En efecto, «la momificación se halla igualmente en Egipto, Canarias, en Sudamérica y en Polinesia, distribución bastante parecida la que señalábamos para la trepanación» (Pericot, 1955, 595).

No quiere esto decir que la momificación natural no exista en otras regiones, o que en otras zonas no se empleen sistemas diferentes para momificar los cadáveres, pero en cualquier caso la mayor frecuencia de la momificación se da en las zonas señaladas, siendo Asia y Norteamérica regiones en las que, junto con Europa, apenas se encuentran casos de momificación.

Como en otras ocasiones, parece evidente la relación entre los sistemas de momificación de Egipto y otras regiones del Próximo Oriente con los empleados en el Norte de Africa y Canarias (Schwidetzky, 1963, 21-22). Otro tanto podemos decir de la momificación en el área andina y en Oceanía.

Queda por aclarar la relación existente entre ambos núcleos (Dérobert y Reichlen, s. a.).

### *Negroides en América*

Aunque no damos excesivo valor a la plasmación de rasgos físicos externos de carácter racial en piezas arqueológicas o con valor artístico, no podemos menos de mencionar algunos ejemplos que resultan extraordinariamente sorprendentes y chocantes.

La primera de las piezas a que me voy a referir la encontramos en las colecciones del Museo Nacional de Antropología de México. Se trata de una cabeza antropomorfa de 130 milímetros de altura, 78 mm. de anchura y está clasificada como Azteca I (Tolteca), procediendo de Culhuacán. Lo más sorprendente de la pieza es que no solamente se han marcado con mucha claridad los rasgos típicamente negroides del rostro, como son, gruesos labios, nariz achatada y pómulos salientes, sino que todo el rostro presenta un engobe negro intenso, mientras el cuello de la figura está pintado en rojo vivo.

La segunda pieza de interés forma parte de la Colección Robert Woods Bliss. En este caso se trata de una cabeza humana en barro cocido, como la anterior, con cráneo sumamente alargado —seguramente por deformación—, pómulos extremadamente prominentes y gruesos labios. Está clasificada como Olmeca, aunque con cierta duda, y de época Clásica Reciente (Lothrop, 1957, lám. VIII inferior).

Sin pasar a hacer prolijas comparaciones, parece evidente que ambas cabezas están representando individuos de raza negra (véase por ejemplo: Frobenius, 1952, lám. 88, y Karutz, 1927, lám. 12, fig. 1).

De otra parte, la idea de que grupos negros o negroides han llegado a América en tiempos precolombinos, que algunos precisan hasta señalar el año 900 a. de C. como fecha más probable (Jeffreys, 1953-a, 965, cit. por Pericot, 1955, 603), ha sido mencionada por varios autores. Así, Gaffarel (1869, 156, cit. por Pericot, 1962-b, 443), Ipsilanti de Moldavia (s. a.) o Alejandro von Wuthenau (1966). Del mismo modo, son mu-

chos los autores que se refieren a los «rasgos negroides» en ciertas piezas de arte olmeca (Noguera, 1943, 53).

No podemos ocultar que todos los casos mencionados no parecen tener otra explicación que la llegada de grupos negros a Mesoamérica en época prehispánica. La concentración de tales ejemplos en esta región, y especialmente en la zona costera de Veracruz, parece apuntar al continente africano como lugar de origen de esos negros.

### *La sífilis*

El problema del origen y difusión de la sífilis en el mundo es quizá uno de los más apasionantes que plantea la historia de la medicina mundial. Dificultades muy variadas, principalmente en relación con las descripciones antiguas de la enfermedad, e incluso la identificación poco clara, por lo general, de las huellas dejadas en los restos óseos, han permitido que proliferasen las opiniones más contrarias e irreconciliables. A complicar este panorama han venido después las opiniones en pro y en contra del origen americano de esta enfermedad, achacando a los españoles o tratando de evitar su responsabilidad por haber importado esa enfermedad a Europa. Todo ello impide que podamos ver con claridad y brevemente este problema, tan enredado y con tantas ramificaciones.

«En opinión generalmente admitida —dice Bosch (1941, 249)—, la sífilis fue importada en Europa por las tropas de Cristóbal Colón después de su descubrimiento del Nuevo Mundo. Contrariamente a esta opinión, de todos conocida, se admite por otros historiadores que aquella enfermedad existía en Europa muchos años antes de los correspondientes a los fines del siglo XV y que si fue mejor conocida en esta época se debió al estudio más detenido que de ella hicieron los médicos que por entonces ejercían el arte de curar.»

Los argumentos en pro de esta última opinión son numerosos y variados. Una enfermedad venérea, que se supone fuese la sífilis, es llamada en la Edad Media *mal francés* por los italianos, *mal de Nápoles* por los franceses, *bubas* por los castellanos, *mal castellano* por los portugueses y *mal por-*

tugués por los hindúes a quienes dominaron éstos (Bosch, 1941, 250-51).

Pero las referencias a enfermedades venéreas, que se identifican como casos de sífilis, son mucho más antiguas: un esqueleto hallado en La Solutre (Francia) por el abate Ducrost, presentando «en ambas tibias exóstosis muy manifiestas» (González, 1954, 21); varios fragmentos óseos con huellas que parecen corresponder a lesiones sifilíticas, además de múltiples referencias literarias y documentales sobre pueblos clásicos del Mediterráneo, etc.

Lo que es para nosotros el «eslabón» en este problema, las Canarias, parecía confirmar la opinión de que la sífilis era conocida en el Viejo Mundo antes del descubrimiento de América. En efecto, ya Verneau había señalado la existencia de 39 cráneos guanches con lesiones en el frontal, en el parietal, en ambas regiones y en el occipital. Esta opinión fue refrendada por Bosch Millares en 1941, pero este mismo autor, volviendo sobre el mismo tema recientemente, cree que «las lesiones que presentan los cráneos antes referidos no corresponden a los gomias sifilíticos como cree Verneau, sino que son graduaciones de un proceso de osteítis» (Bosch, 1961-62, 615).

Sería conveniente revisar estos y otros materiales en busca de datos más fidedignos y opiniones más seguras al respecto. Nada parece estar claramente asentado, ni aun en el terreno americano, ya que si tenemos en cuenta la opinión de Tello, la sífilis, cuyas huellas hallamos en cráneos peruanos prehispánicos, pudo haber llegado al área andina procedente de las Antillas (Espejo, 1954, 47).

Pese a lo inseguro de los materiales aducidos, sería posible pensar que la sífilis hubiese atravesado por dos veces el Atlántico: una primera vez en tiempos prehistóricos, procediendo del Mediterráneo y Canarias hacia América, y una segunda vez en tiempos postcolombinos, desde América hacia la Europa occidental. Esperemos que investigaciones más rigurosas de las que se han hecho hasta ahora confirmen o nieguen esta hipótesis, que como tal enunciamos ahora.

## 5. PRUEBAS FITOLOGICAS

Vamos a ocuparnos finalmente de una serie de datos, que aducimos como pruebas, de carácter fitológico. La inseguridad en el terreno de la emigración de las plantas cultivadas es tan grande si no más que en los mencionados en las páginas precedentes. Nuestras hipótesis en este campo, por consiguiente, serán también meramente tentativas.

### *El algodón*

El caso del algodón es bien conocido y de gran importancia. Su planteamiento queda perfectamente resumido por Pericot al decir que «se conocen dos variedades de algodón salvaje, el americano, con 13 cromosomas pequeños, y el del Viejo Mundo, con 13 cromosomas grandes. El algodón doméstico cultivado en el Nuevo Mundo tiene 26 cromosomas, 13 grandes y 13 pequeños. Sólo puede haber surgido por la hibridación de su algodón salvaje por el del Viejo Mundo» (Pericot, 1955, 609).

El foco del algodón en el Viejo Mundo parece que hay que situarlo en Arabia meridional o Nordeste de Africa (Carter, 1950, 150). «Ahora bien, el camino de la Polinesia parece que no pudo ser utilizado por esta planta que falta en Melanesia, Micronesia, Nueva Guinea y Australia. Tampoco puede pensarse en su transporte por tierra a través de comarcas no adecuadas para su cultivo. Queda el camino directo —nos dice Pericot— por mar desde la India o el más corto y favorable desde Africa, a través del Atlántico» (Pericot, 1955, 609).

Esta opinión es la que mantiene Thor Heyerdahl (1952), quien amplía que la planta pasaría a Polinesia, por tanto, a través de América. La idea es sugestiva y los hechos hasta ahora conocidos —si son correctos— parecen apoyarla plenamente.

### *La lagenaria*

El caso de la calabaza —*Lagenaria siceraria*— es quizá más notable que el del algodón. Esta es «posiblemente la más interesante de las plantas económicas, ya que indudablemen-

te aparece en Europa, Asia, Africa y Polinesia, así como en América, en tiempos precolombinos» (Safford, 1917, cit. por Whitaker, 1948, 49).

El origen de esta planta resulta todavía dudoso. De Candolle piensa que es nativa de la India (Carter, 1950, 166), mientras otros autores opinan que su origen debe fijarse en Africa (Kelly, 1951, 209-10). Burkill, en especial, cree que la lagenaria fue domesticada en el Viejo Mundo y es oriunda de Africa (Whitaker, 1948, 64).

Los datos que se refieren a la lagenaria en el Viejo Mundo se remontan hasta los años 3.500-3.300 a. de C., época en la que se fecha una cáscara de lagenaria en una tumba egipcia de la V Dinastía. Pero hay indicaciones de que se usaba un nombre sánscrito para designarla —*ulava*— y de que, según Plinio, era bien conocida en su época (Whitaker, 1948, 63-64). Hay también datos que se refieren a su uso en China y según Dodge (Dodge, 1943, cit. por Whitaker, 1948, 64) estaba bien establecida en Polinesia, en la época de su descubrimiento, sobre todo en Hawai, Easter Island y Nueva Zelanda, siendo de menor importancia en Polinesia central y occidental.

Por último, «la *lagenaria* se conocía y usaba en Canarias, según Viera» (Pericot, 1955, 608), con lo que queda abierta de nuevo la posibilidad de que la emigración o difusión a América se haya realizado por la vía atlántica.

En efecto, en América aparece tanto en el Norte (Tularosa Cave, Canyon Creek Ruin, Upper Toronto Ruins, New Kash-Shelter, Walker Gilmore Site, etc.) como en Sudamérica, pero sobre todo es en esta región (Ancón, Paracas, Valles de Chíncha e Ica, Chancay) donde nos proporciona fechas más antiguas que llegan hasta el 3.000 a. de C., como en Huaca Prieta, donde Bird encontró miles de fragmentos (Whitaker, 1948, 53-63; Pericot, 1962-b, 486).

### *El ñame*

El caso del yam o ñame —*Discorea batatas*— es algo más dudoso como elemento de juicio a tener en cuenta en la cuestión que estamos discutiendo.

No parece haber duda en cuanto a que el ñame fuese originario del continente africano, pero sí en cuanto al momento

en que se difundió. La mayor parte de los autores admiten que el ñame pasa a América, donde se cultivará extensamente en toda la región tropical, juntamente con el comercio de esclavos negros africanos, a partir del siglo XVI (Canals, 1956-1957, 32).

Ahora bien, si tenemos en cuenta que el propio Colón denomina *niames* a unas raíces comestibles que encuentra en Cuba y La Española (Canals, 1956-57, 33) y que, al parecer, los indígenas de Gran Canaria tenían también entre sus principales alimentos, los ñames (Chil, 1876, I, 615), parece lógico pensar que aquellas plantas antillanas a las que Colón denomina *niames*, debían ser las mismas que poco antes de llegar al Nuevo Mundo pudo haber contemplado en las Canarias.

Una vez más, en este caso, las islas Afortunadas pueden jugar un papel importante en la tesis que estamos presentando.

#### Otras plantas

Un tratamiento semejante deberemos dar al estudio de la difusión de la judía —*Phaseolus vulgaris*— y a la banana. En el primer caso parece seguro que el foco originario hay que situarlo en el Mediterráneo. El hecho de que sus granos hayan aparecido en tumbas prehistóricas del área andina señalan la necesidad de investigar cuál haya podido ser su ruta de difusión.

De otra parte, no tiene explicación lógica el hecho de que la banana, la que se creía introducida en el Nuevo Mundo por los españoles, fuese hallada por Orellana en la selva amazónica muy poco después del descubrimiento (Pericot, 1962-b, 486-87).

Por último, hay que mencionar como una posibilidad más el sorprendente caso del maíz, que en opinión de Carter hubiese podido llegar a América por la vía atlántica (Carter, 1950, 177) favorecido por los vientos y corrientes.

## CONSIDERACIONES FINALES

Los datos que hemos presentado agrupados en las páginas precedentes, examinados con el mayor rigor que nos es posible en este momento y también con el mayor desapasionamiento, sólo nos pueden conducir, en puridad, a una conclusión positiva: la de que es necesario investigar con el mayor cuidado, minuciosidad y extensión posible cada uno de los problemas que implican, si queremos responder positiva o negativamente a la tesis de una comunicación trasatlántica entre el Viejo y el Nuevo Mundo en tiempos prehispánicos.

Ahora bien, si queremos llegar a una conclusión algo menos conservadora, sí que también mucho más inquietante, debemos deducir del cúmulo de pruebas apuntadas que tal comunicación trasatlántica fue posible y bastante probable, luego estamos en camino de poder decir que fue cierta.

## BIBLIOGRAFIA

Abreu Galindo, J.

- 1955 *Historia de la Conquista de las siete islas de Canarias*. Edición de A. Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife.

Alcina Franch, José.

- 1952-a Distribución geográfica de las pintaderas en América. *Archivo de Prehistoria Levantina*. III: 241-55. Valencia.
- 1952-b El asa-estribo en la cerámica americana. *Revista de Indias*. XII: 745-60. Madrid.
- 1953 Distribución geográfica del vaso tripode en el mundo. *Trabajos y Conferencias*. I-3: 83-100. Madrid.
- 1954 Diffusion of pottery stamps. *Proceedings of the XXXth International Congress of Americanists*: 248. Londres.
- 1955-a El Neolítico americano y su problemática. *Anais do XXXI Congresso Internacional de Americanistas*. II: 871-72. Sao Paulo.
- 1955-b Hipótesis acerca de la difusión mundial de las pintaderas. *Trabajos y Conferencias*. I-6: 217-223. Madrid.
- 1956 Las pintaderas de Canarias y sus posibles relaciones. *Anuario de Estudios Atlánticos*. II: 77-107. Madrid.
- 1958-a *Las pintaderas mejicanas y sus relaciones*. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Madrid.
- 1958-b El vaso con mango-vertedero en el Viejo Mundo y en América. *Anuario de Estudios Atlánticos*. IV: 169-191. Madrid.
- 1958-c El vaso con mango-vertedero. *Miscellanea Paul Rivet...*, I: 9-16. México.
- 1962 La figura femenina perniabierta en el Viejo Mundo y en América. *Anuario de Estudios Atlánticos*. VIII: 127-143. Madrid.
- 1965 *Manual de Arqueología Americana*. Madrid.

- Alvarez Delgado, Juan.  
1950 La navegación entre los canarios prehistóricos. *Archivo Español de Arqueología*. XXIII: 164-174. Madrid.
- Bailloud, G., y P. Mieg de Boofzheim.  
1955 *Les Civilisations Néolithiques de la France dans leur contexte Européen*. Paris.
- Balfet, H.  
1956 Les Poteries modelées d'Algérie dans les collection du Musée du Bardo. *Libyca*. IV: 289-345.
- Balout, Lionel.  
1955 *Préhistoire de l'Afrique du Nord. Essai de chronologie*. Paris.
- Baumman, H., y D. Westermann.  
1948 *Les peuples et les civilisations de l'Afrique*. Paris.
- Baumgartel, Elsie J.  
1955 *The Cultures of Prehistoric Egypt*. Oxford University Press. Londres.
- Bennett, Wendell C.  
1954 *Ancient Arts of the Andes*. The Museum of Modern Art. New York.
- Berciu, Dimitru.  
1961 Chronologie relative du Néolithique de Bas Danube, a la lumière des Nouvelles fouilles faites en Roumanie. En *L'Europe à la fin de l'âge de la pierre*: 101-124. Praga.
- Bernabó Brea, Luigi.  
1946 *Gli scavi nella Caverna delle Arene Candide. Pte 1.ª: Gli strati con cerámiche*. Bordighera.
- Biedermann, Hans.  
1957 Dolmen-like structures in South America. *International Anthropological and Linguistic Review*. II-3/4: 112-117.  
1958 *Osirismythen in Mexico*. Ibidem: III-1/2: 26-31.
- Bosch Millares, Juan.  
1941 Estigmas sifiliticos entre los Guanches. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. XVI: 249-261. Madrid.  
1961-62 La medicina canaria en la época prehistórica. *Anuario de Estudios Atlánticos*. VII: 539-620 y VIII: 11-63. Madrid.
- Canals Frau, Salvador.  
1956-57 Las Dioscoreas cultivadas (Ñames) y su introducción en el Nuevo Mundo. *Runa*. VIII-1: 28-42. Buenos Aires.
- Carter, George F.  
1950 Plant evidence for early contacts with America. *Southwestern Journal of Anthropology*. VI: 161-182. Albuquerque.
- Cerezo López, Ida.  
1962 Breve estudio de algunas pintaderas-rodillos del Departamento de Antioquia, en Colombia. *Boletín del Instituto de Antropología*. II-8: 104-122. Medellín.
- Chil y Naranjo, G.  
1876 *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*. Las Palmas.
- Childe, V. Gordon.  
1929 *The Danube in Prehistory*. Londres.  
1925 *The Dawn of European Civilization*. New York.

- 1948 *L'Aube de la Civilisation européenne*. Paris.
- 1953 *L'Orient Préhistorique*. Paris.
- Clark, J. Desmond.
- 1955 The stone ball: its associations and use by prehistoric man in Africa. *Actes du Congrès Panafricain de Préhistoire*. IIe. session Alger (1952): 403-417. Paris.
- Contenson, H. de.
- 1956 Le céramique chalcolithique de Beersheba: étude typologique. *Israel Exploration Journal*. VI-3: 163-179 y VI-4: 226-38. Jerusalem.
- Cornaggia Castiglioni, Ottavio.
- 1956 Origini e distribuzione delle pintaderas preistoriche «euro-asiatiche». *Rivista di Scienze Preistoriche*. XI: 109-192. Firenze.
- Cowan, George M.
- 1952 El idioma silbado entre los mazatecos de Oaxaca y los tepehuas de Hidalgo-México. *Tlatoani*. 1.º época, núms. 3-4: 31-33. México.
- Dérobot, León y Henry Reichlen.
- s. a. *Les Momies. Le culte des morts dans le monde sauvage et civilisé*. Paris.
- Diego Cuscoy, Luis.
- 1953 *Nuevas excavaciones arqueológicas en las Canarias Occidentales*. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Informes y Memorias: 28. Madrid.
- 1954 *Paletnología de las Islas Canarias*. Publicaciones del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Madrid.
- 1963 *Paletnología de las Islas Canarias*. Publicaciones del Museo Arqueológico: 3. Santa Cruz de Tenerife.
- Dodge, E. S.
- 1943 *Gourd Growers of the South Seas*. Ethnographical Series, núm. 2. Gourd Society of America. Boston.
- Dorsinfang-Smets, A.
- 1955 Les Metates de Costa Rica des Musées Royaux d'Art et d'histoire (Bruxelles). *Journal de la Société des Américanistes*, n. s. XLIV: 131-147. Paris.
- Dupouy, Walter; Antonio Requena, y J. M. Cruxent.
- 1948 La estación arqueológica del Río Memo. Edo. Guarico, Venezuela. *Acta Venezolana*. III-1/4: 29-62. Caracas.
- Duque Gómez, Luis.
- 1955 *Colombia: Monumentos históricos y arqueológicos*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Publ. 179. México.
- Espejo Núñez, Teófilo.
- 1954 «La antigüedad de la sífilis en el Perú», de Julio C. Tello. *América Indígena*. XIV: 37-51. México.
- Espinosa, Fray Alonso de.
- 1952 *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*. Introduc. de E. Serra, B. Bonnet y N. Alamo. Santa Cruz de Tenerife.
- Estrada, Víctor Emilio.
- 1959 *Arte aborígen del Ecuador. Sellos o pintaderas*. Quito.
- Frobenius, Leo.
- 1952 *Histoire de la Civilisation Africaine*. Paris.
- Gaffarel, P.
- 1869 *Etude sur les rapports de l'Amérique et de l'Ancien Continent avant Cristophe Colomb*. Paris.

- García Payón, José.  
1961 Una cabecita de barro de extraña fisonomía. *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 6: 1-2. México.
- Georgiev, Georgi I.  
1961 Kulturgruppen der Jungstein und der kupferzeit in der Ebene von Thrazien (Sudbulgarien). En *L'Europe à la fin de l'âge de la pierre*: 45-100. Praga.
- Giannopoulos.  
1913 *Zwei praeistorische Siegel*. Mitt d. k. Deutschen Archaologischen Instituts, Athenische Abteilung, vol. XXXIX. Atenas.
- González Rodríguez de Vera, P.  
1954 *El litigio sobre el origen del mal de las bubas*. Madrid.
- Gumilla, Fray José.  
1741 *El Orinoco ilustrado*. Madrid.
- Harcourt, Raoul d'.  
1948 *Arts de l'Amérique*. Paris.
- Hartuchi, W. y J. J. Dragomir.  
1957 Sapaturile Archeologice de la Brailita. *Materiale si cercerari Archeologice*. III: 129-147. Bucarest.
- Hasler, Juan A.  
1960 El lenguaje silbado. *La Palabra y el Hombre*, núm. 15: 23-36. Jalapa (Veracruz).
- Heine-Geldern, Robert.  
1961 Ein römischer Fund aus dem vorkolumbischen Mexiko. *Osterreichischen Akademie der Wissenschaften*, núm. 16: 117-119. Viena.
- Heurtley.  
1939 *Prehistoric Macedonia*. Cambridge.
- Heyerdahl, Thor.  
1952 *American Indians in the Pacific*. Londres.
- Hill-Tout, C.  
s. a. *The Great Fraser Midden*. Vancouver, B. C.
- Imbelloni, José.  
1950 La extraña terracota de Rurrenabaque (Noreste de Bolivia) en la arqueología de Sudamérica. *Runa*. III: 71-169. Bs. As.
- Ipsilanti de Moldavia, G.  
s. a. Les Nègres dans l'Amérique Précolombienne. *Revue de la Société Haitienne d'Histoire, Géographie et Géologie*. XXII-82: 44-45. Port-au-Prince.
- Jeffreys, D. W.  
1953-a Pre-Columbian maize in Africa. *Nature*. Núm. 172: 965.  
1953-b Nègres précolombiens en Amérique. *Scientia*. 6.ª serie. LXXXVIII-7/8: 202. Bolonia.  
1955-56 Precolumbian eurafrican immigration in America. The North Carolina Carvings. *Inst. Anthropol. and Ling. Review*. II: 3-4. Miami.
- Jennings, Jesse D. y Edward Norbeck (Eds.).  
1964 *Prehistoric Man in the New World*. W. M. Rice University. Chicago.
- Johnson, K. M.  
1948 *The Dark race in the dawn, proof of black african civilisation in the Americas before Columbus*. New York.

- Karutz, Richard.  
1927 *Von Wessentlichen in der Afrikanischen Kunst. IPEK: 31-41. Leipzig.*
- Kelly, Isabel.  
1951 *The Bottle gourd and Old World contacts. En Homenaje al doctor Alfonso Caso. México.*
- Kidd, G. E.  
1948 *A case of primitive trephining. Art., Hist. and Scientific Association. Vancouver.*
- Laviosa Zambotti, Pia.  
1958 *Origen y difusión de la civilización. Omega. Barcelona.*
- Lehmann, Henri.  
1951 *Un «duho» de la civilisation Taino au Musée de l'Homme. Journal de la Société des Américanistes, n. s. XL: 153-61. Paris.*  
1959 *Les céramiques pré-colombiennes. Paris.*
- Lothrop, S. K. y otros.  
1957 *Pre-Columbian Art. Robert Woods Bliss Collection. Phaidon Press. Londres.*
- Loughborough, John Lovell.  
1946 *Notes on the trepanation of prehistoric crania. American Anthropologist. XLVIII: 416-422. Menasha.*
- Mac White, Eoin.  
1946 *Notas sobre la trepanación prehistórica en la Península Hispánica. Cuadernos de Historia Primitiva, 1-2: 61-69. Madrid.*
- Marill, François-Georges.  
1955 *La trépanation crânienne a-t-elle été pratiquée a l'époque néolithique? Actes du Congrès Panafricain de Préhistoire. IIe session (Alger, 1952): 325-29. Paris.*
- Mc. Cown, Theodore D.  
1945 *Pre-Incaic Huamachuco. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology: XXXIX-4: 223-400. Berkeley.*
- Meggers, Betty J. y Clifford Evans (Eds.).  
1963 *Aboriginal Cultural Development in Latin America: An Interpretative Review. Smithsonian Miscellaneous Collections. Vol. 146, número 1. Washington.*
- Mejía Arango, Félix.  
1945 *Cementerio indígena de «La Cimitarra». Boletín de Arqueología. 1-2: 113-117. Bogotá.*
- Métraux, Alfred.  
1959 *Weapons. Handbook of South American Indians. V: 229-263. Smithsonian Institution. Washington.*
- Murdock, George Peter.  
1945 *Nuestros contemporáneos primitivos. México.*
- Noguera, Eduardo.  
1943 *Resultado y consecuencias de la conferencia de Tuxtla. Acta Americana. 1-1. México.*
- Nordenskiöld, Erland.  
1930 *L'Archéologie du Basin de l'Amazone. Ars Americana. I. Paris.*
- Novotny, Bohuslav.  
1958 *Slovensko V. Mladšej dobe Kammennej. Bratislava.*

- Palmatary, Helen C.  
 1960 *The archaeology of the Lower Tapajos valley. Brasil.* Transactions of the American Philosophical Society. n. s. vol. 50-3. Filadelfia.
- Pérez de Barradas, José.  
 1943 *Colombia de Norte a Sur.* Ministerio de Asuntos Exteriores. 2 volúmenes. Madrid.
- Pericot, Luis.  
 1955 Algunos nuevos aspectos de los problemas de la Prehistoria de Canarias. *Anuario de Estudios Atlánticos.* I: 579-619. Madrid.  
 1962-a El punto de vista de un arqueólogo europeo ante los problemas de la Prehistoria americana. *Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía.* II: 10-18. Buenos Aires.  
 1962-b *América Indígena.* 2.º edición. Barcelona.  
 1963 *Africa y América. El problema de sus posibles contactos precolombinos.* Instituto de Estudios Africanos. 10 págs. Madrid.
- Pericot, Luis y Miguel Tarradell.  
 1962 *Manual de Prehistoria de Africa.* Inst. de Estudios Africanos. Madrid.
- Perrot, J.  
 1955 The excavations at Tell Abu Matar near Beersheba. *Israel Exploration Journal.* V-2: 73-84. Jerusalem.
- Petrescu-Dimbovita, M.  
 1957 Sondajul stratigrafic de la Perieni. *Materiale si Cercetari. Archeologice.* III: 65-82. Bucarest.
- Phillips, Philip; James A. Ford, y James B. Griffin.  
 1951 *Archeological survey in the Lower Mississippi alluvial Valley. 1940-1947.* Papers of the Peabody Museum of Amer. Archaeology and Ethnology. XXV. Harvard University. Cambridge (Mass.).
- Popescu, Dorin.  
 1938 Les Fouilles de Cunesti. *Dacia.* V-VI: 109-120. Bucarest.
- Safford, W. E.  
 1917 Food Plants and Textiles of Ancient America. *Proceedings of the Second Pan-American Scientific Congress.* Washington.
- Schaeffer, Claude F. A.  
 1948 *Stratigraphie comparée et chronologie de l'Asie Occidentale. (Ile. et Ile. millenaire).* Londres.
- Schwidetzky, Ilse.  
 1963 *La población prehispánica de las Islas Canarias. Investigaciones antropológicas.* Publicaciones del Museo Arqueológico: 4. Santa Cruz de Tenerife.
- Serra Rafols, Elias.  
 1957 La navegación primitiva en los mares de Canarias. *Revista de Historia Canaria.* XXIII-119/120: 83-91. La Laguna.  
 1965 La primera ánfora romana hallada en Canarias. *Revista de Historia Canaria.* XXIX-141/148: 231-233. La Laguna.
- Stewart, T. D.  
 1950 Deformity, trephing and mutilation in South American Indian skeletal remains. *Handbook of South American Indians.* VI: 43-48. Washington.
- Torriani, Leonardo.  
 1940 *Descrittione...* Edición de Wölfel. Leipzig.  
 1959 *Descripción e historia del Reino de las Islas Canarias.* Colección

- Clásicos Canarios: 2. Traducc., Introd. y notas de A. Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife.
- Tsountas.  
1908 *Ai proistorikai Akropoleis Dimeniou kai Sesklov*. Atenas.
- Vallaux, Camille.  
1953 *Geografía general de los mares*. Barcelona.
- Vandier, J.  
1952 *Manuel d'Archéologie Egyptienne*. Picard. Paris.
- Veaufrey, R.  
1936 L'âge des spirales de l'art rupestre nord-africain. *Bull. Société Prehist. Franc.* XXXIII: 624-38. Paris.  
1939 *L'art rupestre nord-africain*. Arch. Inst. Paleont. Hum. II. Paris.
- Viera y Clavijo, José de.  
1950 *Noticias de la Historia general de las islas Canarias*. 3 vols. Edic. de E. Serra Rafols. Santa Cruz de Tenerife.
- Wace-Thompson.  
1912 *Prehistoric Thessaly*. Cambridge.
- Whitaker Thomas W.  
1948 Lagenaria: A pre-columbian cultivated plant in the Americas. *South-western Journal of Anthropology*. IV-1: 49-68. Albuquerque.
- Wölfel, D. J.  
1925 Die Trepanation. Studien über Ursprung, Zusammenhänge und Kulturelle Zugehörigkeit der Trepanation. *Anthropos*. XX. Viena.
- Wuthenau, Alejandro von.  
1966 Representations of negroes and negroids. *Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*. I: 109-110. Sevilla.

*Departamento de Antropología y Etnología de América.  
Universidad de Madrid.*